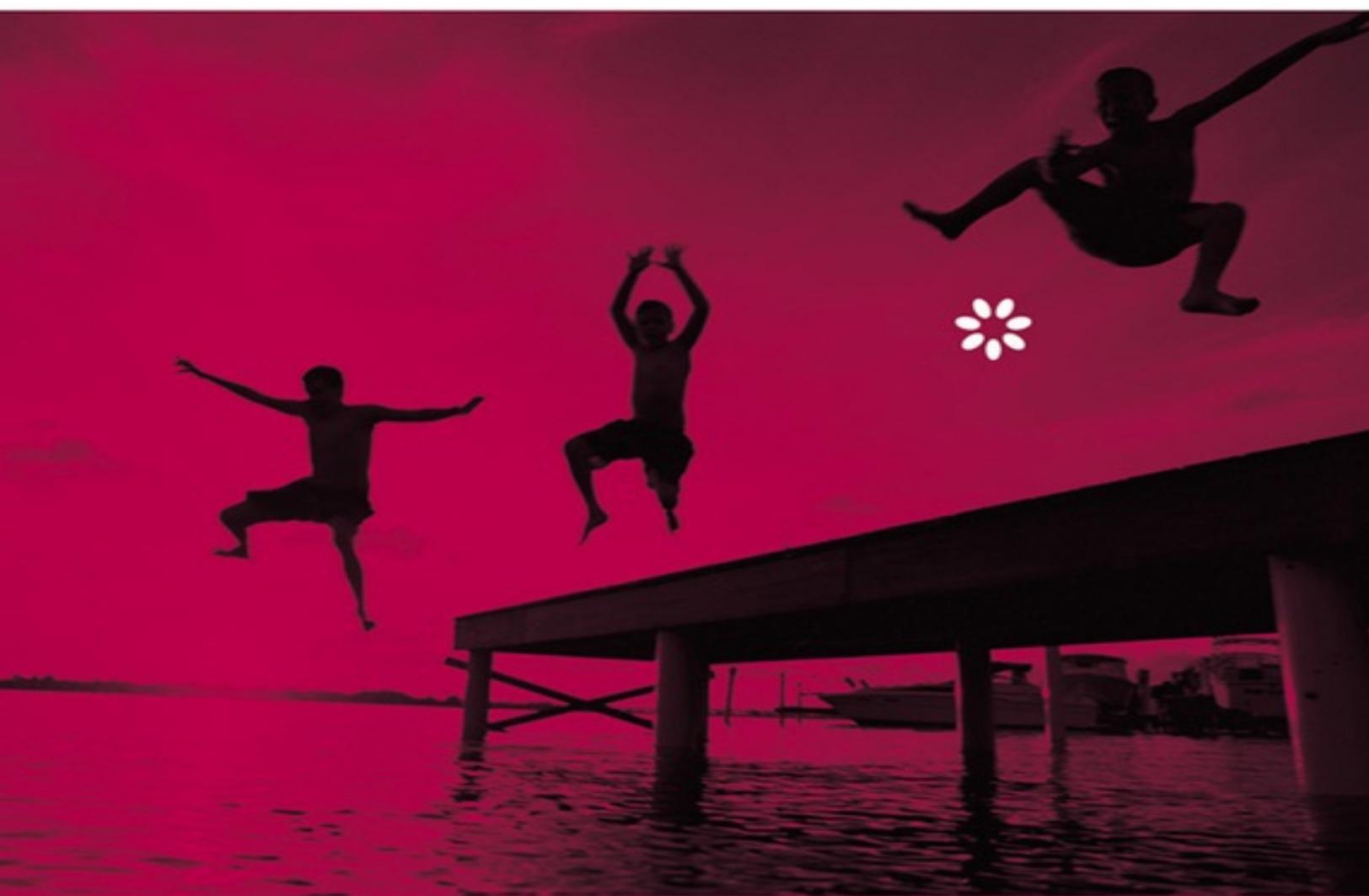


Libros del Asteroide 

Antoni Marí El vaso de plata

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón



Libros del Asteroide 

Antoni Marí
El vaso de plata

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón



El vaso de plata y otras obras de misericordia

A*

Antoni Marí

El vaso de plata y otras obras de misericordia

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

Libros del Asteroide 

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1992 Antoni Marí

© del prólogo, Ignacio Martínez de Pisón, 2008

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-94-1

Depósito legal: B. 14.383-2012

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Prólogo

Agua de manantial

Empecemos con una afirmación rotunda: la adolescencia es un invento de la Guerra Fría. O más concretamente de los años cincuenta: es entonces cuando la industria norteamericana descubre en los *teenagers* un mercado nuevo y pujante. A ellos, a esos *teenagers* ávidos de consumir y en constante proceso de renovación va dirigida la producción de prendas de vestir, complementos, refrescos, discos, películas, etcétera, orientados a ratificarles en su diversidad: todo en ellos debe proclamar que han abandonado ya la niñez y que no tienen prisa en incorporarse al mundo de los adultos. Al adolescente, hasta entonces un ave de paso entre la infancia y la madurez, se le induce ahora a demorar su vuelo, y para facilitárselo se le suministran los ídolos necesarios: el James Dean de *Rebelde sin causa*, el Elvis Presley de *Heartbreak Hotel* y *Love me tender*... Esas películas y esas canciones al mismo tiempo hablaban *de* ellos y *a* ellos, y articulaban una secuencia superior en la que inscribir sus vidas: articulaban un relato. No es casualidad que una novela como *El guardián entre el centeno* cosechara un éxito inmediato entre los jóvenes norteamericanos del momento. Con más precisión incluso que esas canciones o esas películas, el libro de J. D. Salinger proponía un nuevo estatuto del adolescente, o al menos un nuevo modelo de comportamiento, basado en el desdén cuando no en la furia y la rebeldía contra una sociedad, la de sus padres, que rechazaban por hipócrita y superficial. Se diría que, después de *El guardián entre el centeno*, ningún adolescente debía aspirar a ser sino una leve variación de su protagonista, Holden Caulfield. Para la literatura y el cine, la consecuencia de todo esto es que la figura de Holden ha acabado erigiéndose en el patrón sobre el que, generación tras generación, se han ido construyendo los *teenagers* de tantas novelas y tantas películas.

Obsérvese que utilizo indistintamente las palabras *adolescente* y *teenager*. Frente a la indefinición del vocablo español, el inglés delimita con nitidez la edad del *teenager*, que incluye nada más los ordinales acabados en *-teen*: de los trece a los diecinueve años, por tanto. Ésas parecen ser las edades entre las que se mueve el narrador de *El vaso de plata*. De él, de ese Miguel cuyo

nombre sólo se menciona una vez en todo el volumen, sabemos muy poco. Por referencias ambiguas sabemos que tiene cuatro hermanos, y a lo largo del relato nos encontramos con un sujeto que unas veces se nos presenta en plural (nosotros, los cuatro hermanos) y otras en singular (yo, Miguel), una oscilación que expresa a las claras el tema central del libro: el viaje hacia la singularidad que constituye toda adolescencia. Aunque dividido en catorce capítulos casi autónomos, *El vaso de plata* es, como *El guardián entre el centeno*, un *bildungsroman*, una novela de formación: el protagonista de las primeras páginas alcanza el final del libro convertido en otra persona, y entre tanto el escritor nos ha ofrecido las claves últimas de esa transformación. Hasta aquí, las afinidades con la obra de Salinger. A partir de aquí, las divergencias, que son muchas. Si Holden se nos muestra orgulloso de su condición de inadaptado, Miguel indaga el sentido de la realidad, porque tiene el propósito de incorporarse a ella. Si Holden tiende a simplificar el mundo, Miguel no puede evitar abrumarse ante su complejidad. Si Holden improvisa respuestas, Miguel no cesa de interrogarse e interrogar. Si Holden se encierra en sí mismo y recurre al escudo de un cinismo más bien candoroso, Miguel depone toda protección y, dominado por una curiosidad irrefrenable, abre su corazón y su inteligencia a cuanto le rodea. Si Holden se siente eternamente agraviado, Miguel no tiene inconveniente en reconocer sus propios errores y contradicciones... Ambos adolescentes, como no podía ser de otro modo, comparten zozobras e incertidumbres, pero unas y otras son siempre de signo distinto: autoexculpatorias y algo narcisistas las de Holden, existenciales y casi metafísicas las de Miguel.

A diferencia de *El guardián entre el centeno*, tiene *El vaso de plata* un indudable fondo filosófico, que procede directamente de la actitud de Miguel: de su continua ansia por comprender (en ambos sentidos, en el de abarcar y en el de descifrar), de su constante búsqueda de significado. El libro hunde sus raíces en una tradición muy anterior a Salinger, la de las novelas de formación clásicas de Goethe o Flaubert, y acaso eso contribuya a reforzar esa sensación de suave atemporalidad que transmite la historia. Sabemos que el mundo que evoca y retrata es posterior a Salinger y a James Dean y a Elvis, pero algo en él nos habla una y otra vez de quietud, de permanencia, de cosas que han pasado siempre y que están destinadas a seguir pasando. ¿Cómo puede ser que la Guerra Fría y sus manifestaciones tarden tanto en llegar a ese rincón del Mediterráneo? ¿Y por qué en la isla (en esa isla nunca nombrada pero en la que no es difícil reconocer la Ibiza natal de Marí) el

tiempo parece discurrir más despacio que en otras partes del mundo? A veces, ese lento discurrir llega a detenerse por completo, y algunos relatos nos ofrecen cabales metáforas de ese estancamiento: esa tartana en la que el abuelo insiste en hacer la trabajosa mudanza vacacional, ese cadáver mantenido a salvo del poder corruptor del tiempo...

No son éstas las únicas historias que operan como metáforas de las intenciones de la propia obra. Destacaré la primera de todas. En ella se recrean unas sudorosas excursiones dominicales en las que Miguel y sus hermanos obtienen por toda recompensa unos tragos de agua de manantial. Émulo involuntario de Petrarca en su subida al Mont Ventoux, Miguel no parece del todo consciente de la dimensión mística de su ascensión. Sin embargo, esa dimensión existe, e introduce en la vida del chico un peculiar sistema de valores en torno a los conceptos de esfuerzo y sacrificio. No sólo eso, sino que además el tránsito de Miguel hacia la edad adulta adquiere desde ese primerísimo momento la estructura y la forma de un itinerario espiritual, un camino de perfección en el que el neófito deberá superar una serie de pruebas para acceder a la madurez (que al final puede incluso resultar decepcionante, como los tragos de agua del manantial). *El vaso de plata* es, de hecho, el relato de ese caminar hacia un nuevo estado vital y una nueva identidad, y entre esas pruebas reconocerá el lector algunas que muy probablemente formen parte de su propia biografía: la experiencia de la enfermedad, el descubrimiento de la muerte, el primer viaje lejos de la familia, el nacimiento de la sensibilidad artística... El conjunto de historias avanza con arreglo a un orden no cronológico sino emocional o afectivo, y uno, como escritor, siempre ha envidiado el hallazgo de recurrir a las catorce obras de misericordia para establecer y delimitar las sucesivas etapas del recorrido. Son ellas, las obras de misericordia, las que jerarquizan el material narrativo y las que aportan una buena dosis de trascendencia a unos episodios contruidos con elementos más que humildes: una mujer en la cola de la contribución urbana, un bañista al que le roban la ropa, un gato demasiado independiente... Pero que nadie se confunda: la trascendencia de *El vaso de plata* es estrictamente humana y literaria, y la suya es una religiosidad sin religión (Dios nos libre), en la que no existe la misericordia como virtud cristiana y triunfan los valores civiles de la rectitud y la comprensión.

Ha llegado el momento de hacer otra afirmación rotunda: *El vaso de plata* es, en su aparente pequeñez, un libro grande, muy grande. En una de las historias se habla del arte como elemento transformador de la realidad y se

invita a «ver las cosas desde una perspectiva distinta de la habitual», y eso es precisamente lo que hace Marí a través de la mirada de Miguel, cuya subjetividad ilumina cuanto observa y experimenta. La amplia variedad de registros, que van del dolor y la melancolía al humor y hasta el *grotesque*, surge más de esa mirada que de los hechos narrados, y por debajo de todo subyace una suerte de secreta exaltación que el lector no puede sino compartir. La admirable galería de personajes secundarios (los padres, el abuelo, la tía, el amigo Pablo...) está retratada con unas pinceladas sutiles y precisas, y el estilo siempre sereno, sin énfasis ni subrayados, con que Marí recrea estas historias de familia emparenta la obra con algunos de los mejores libros de Natalia Ginzburg. Cuando concluimos la lectura de *El vaso de plata*, lo hacemos con la impresión de que muy poco más se puede añadir sobre ese Miguel que está dejando de ser quien es para convertirse en otro Miguel. Lo hacemos también con la sensación de haber llegado a conocer a fondo al personaje, lo que corrobora la excelencia del relato. ¿Qué habrá sido de Miguel unos años más tarde? ¿En qué se habrá convertido? Una de las narraciones, la tercera, nos habla de sus incertidumbres y temores cuando se decide a dejar el hogar familiar para establecerse temporalmente en Frankfurt. En el interior de Miguel se ha desatado el conflicto entre los sentimientos de pertenencia y búsqueda o, lo que es lo mismo, entre la ligazón con el pasado y las promesas del porvenir. Es, por tanto, el momento del abandono definitivo del nido y el viaje físico se presenta como la proyección de un viaje interior. Diez años después de *El vaso de plata*, volvería el autor a contar un viaje similar en *Entspringen*. También en esta novela nos encontramos con un joven enfrentado al dilema de quedarse o marchar. Es el tiempo de las grandes elecciones, el tiempo en el que optar por un camino implica renunciar a todos los demás y, por ende, descartar otras vidas que seguramente ya no viviremos... Son bastantes los escritores que en los dos últimos siglos han acertado a convertir en gran literatura ese momento de crisis. Antoni Marí es, sin duda, uno de ellos.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

El vaso de plata y otras obras de misericordia

A María Muñoz, mi madre.

La memòria moral —l'única que importa— neix en un determinat moment de desenvolupament de l'organisme. La por de perdre el que hom té o de no arribar a tenir el que hom pretén és el que fereix, el que emmotlla la vida. La por neix de la injustícia biològica, és a dir, de la possible o real conculcació de la noció de justícia que tot organisme, pel fet de viure, posseeix.*

JOSEP PLA, *El quadern gris*

* La memoria moral —la única que importa— nace en un determinado momento del desarrollo del organismo. El miedo de perder lo que uno tiene o de no llegar a tener lo que uno persigue es lo que hiere, lo que da forma a la vida. El miedo nace de la injusticia biológica, es decir, de la conculcación real o posible de la noción de justicia que todo organismo, por el hecho de vivir, posee.

PRIMERA PARTE

Obras de misericordia corporales

1. Dar de beber al sediento

A mi padre nunca le había gustado el cine. Supongo que debía de tener muchas razones para ello, aunque creo que la fundamental era la misma sala de proyección, cerrada y oscura, y la promiscuidad con la multitud. Nunca nos prohibió asistir a la proyección de una película, sobre todo cuando ya fuimos un poco mayores, pero sabíamos, por el entrecejo fruncido y un rictus tirante en la boca, que no le gustaba nada: que abominaba de aquella atmósfera enrarecida y tan poco saludable de las salas de proyección. Creo que empecé a ir al cine con cierta regularidad a partir de los diecisiete años y casi siempre a escondidas o mintiendo sobre el verdadero lugar al que iba cuando salía de casa.

Durante mi niñez no había podido participar de muchas de las conversaciones y los juegos a que se dedicaban mis compañeros de clase, puesto que con regularidad tenían como tema común la película que, la tarde del domingo, se había puesto en el cinematógrafo de nuestra ciudad. Se comentaba la heroicidad de tal actor o la risa que daba tal otro. En el patio de recreo se jugaba a adivinar películas, representando, frente a un grupo de espectadores, las características o los acontecimientos más sobresalientes. Yo no podía jugar a eso, ni discutir si había sido oportuno o no el que los supervivientes del ataque de los indios se escondieran en el sótano del polvorín.

Me producía una gran tristeza esa discriminación y me sentaba en el bordillo de la acera del patio de recreo jugando con un lápiz o con una ramita de pino y trazaba en la tierra extraños símbolos que, luego, borraba con el pie, nerviosamente. Mi hermano pequeño me acompañaba en muchas ocasiones, porque él tampoco podía participar en aquellos juegos que tenían el cine como tema, como condición

sine qua non.

Entonces, nos mirábamos, y compartíamos fraternalmente nuestra común diferencia y nuestra pequeña desgracia. Nos imaginábamos cómo podría acontecer aquella sucesión de heroicidades, duelos e intrínquilis. Permanecíamos callados, procurando ocultarnos mutuamente aquella mala y rara suerte que nos hacía ser tan distintos de nuestros condiscípulos, al menos en lo que atañía a los juegos, que no podíamos compartir.

Mi padre era registrador de la propiedad, riguroso, meticulado y pulcro. Procuraba estar atento a nuestras necesidades, a nuestros estudios, que seguía muy de cerca, a nuestras lecturas y a nuestras amistades. Había escogido con atención el colegio donde cursábamos el bachillerato: un colegio laico, severo y estricto, competente en ciencias y humanidades, y más bien conservador. Los jesuitas se aproximaban a su idea de la educación y de la disciplina, pero el nuestro debía ser, necesariamente, un colegio laico.

Mi padre tenía una idea muy peculiar de cómo educar a los hijos, entretenerse o disfrutar de un domingo. Mientras que para los hijos de las otras familias la llegada del domingo era esperada con una alegría inaudita, porque uno podía levantarse tarde, bañarse sin prisas, permanecer holgazaneando, los domingos eran para todos nosotros y en casi todas las ocasiones un verdadero suplicio. En todo caso, no siempre teníamos la predisposición necesaria para lo que podría sucedernos en el día del Señor.

Los domingos, mi padre nos despertaba a las nueve. Los otros días nos levantábamos a las ocho: éramos cuatro hermanos y debíamos asearnos, desayunar y preparar las cosas para el colegio. Era por lo tanto una gran deferencia el que los domingos nos dejara dormir una hora más. Después de desayunar y vestirnos, subíamos con papá al coche y siguiendo un itinerario que sólo él conocía, nos llevaba fuera de la ciudad. Aparcaba el coche debajo de un árbol y empezábamos a caminar.

Nuestras caminatas dominicales acostumbraban a tener como objetivo la ascensión de las montañas próximas a nuestra ciudad. No escalábamos, ni estábamos obligados a llevar una marcha superior a la que permitía nuestra constitución física. Sin embargo llegábamos a caminar tres y cuatro horas seguidas y, aunque podíamos pedir un descanso, un cierto orgullo no exento de cabezonería nos lo impedía. Para estas ocasiones, mi padre llevaba un bastón con puño de estaño, unas botas de piel y una chaqueta verde oscuro ribeteada de negro que se había comprado en Múnich. En verano se ponía el panamá y cogía el bastón de bambú. Nosotros llevábamos pantalones bombachos con tirantes y un jersey con cremallera.

Íbamos a paso tranquilo, sin prisa, paseando, deteniéndonos frente a una planta, una roca, un promontorio o un cruce de caminos. Entonces mi padre nos hablaba de la constitución de los montes, de la formación de los torrentes, de la función clorofílica, de la rotación de la tierra: de lo admirable de la naturaleza. En muchas ocasiones nos sentábamos a su alrededor y nos leía pasajes de un libro que algo tenía que ver con el paisaje o con lo que

estábamos observando; aunque por regla general la lectura no tenía que ver con nada, como si mi padre quisiera darnos a entender que era nuestra imaginación la que debía establecer la analogía entre la lectura y la realidad.

De todos los lugares que solíamos frecuentar los domingos había uno que nos disgustaba especialmente. Era una de esas montañas, próxima a las costas mediterráneas, de bosque algo espeso en la ladera norte pero de pino bajo y matas calcinadas en la del sur, y con caminos para cabras, llenos de piedras, que hacían más difícil y molesta la ascensión. En los días de primavera o en las soleadas mañanas de invierno, sudábamos copiosamente. Los pantalones bombachos se nos pegaban a la piel, la camisa de franela nos asfixiaba, las gotas de sudor resbalaban por los cristales de mis gafas y me impedían distinguir los vericuetos del camino y la dimensión de las piedras que me salían al paso.

No es que fuera una montaña muy alta, no las hay por aquellos parajes, pero era tal la incomodidad de la ascensión que me sentía el más inútil, el más torpe y el más desgraciado de los mortales. Sobre todo cuando me ponía a considerar que mis compañeros del colegio estarían en el cine viendo una de aquellas películas que tanto despertaban nuestra imaginación y nuestra envidia. No era muy alta aquella montaña, pero a mí se me hacía interminable. Y no le veía sentido alguno a aquel esfuerzo, ni a la renuncia a la que me veía obligado, ni a la recompensa con que se me gratificaría por todo ello.

Cuando llegábamos a la cima, los pocos pinos, quemados y polvorientos, nos tapaban la vista y nos impedían jugar. Sólo había una fuente. Eso sí, de agua fresca. Entonces mi padre sacaba de su macuto cuatro vasos de aluminio, los llenaba de agua, introducía meticulosamente en ellos un trocito de regaliz y nos los ofrecía como el máspreciado y raro de los refrescos, y el más sutil de los premios.

2. Dar de comer al hambriento

El señor Hartung era alemán y amigo de mi padre. Era un hombre simpático y grandullón, que parecía estar siempre de buen humor y que cuando venía a visitar a mis padres nos traía regalos inverosímiles, como piezas de cerámica en miniatura o juguetes de madera, con los que uno no sabía qué hacer. Era abogado, de Karlsruhe, creo; de mucho prestigio, decía mi padre y, también, profesor de universidad, no lo recuerdo muy bien.

Pasaba una temporada en nuestra ciudad y todos los días iba a la Biblioteca Nacional para investigar unos documentos que luego comentaba y discutía con mi padre siempre que venía a casa, cosa que solía hacer con bastante frecuencia. Tal vez porque se sintiera solo o no tuviera un sitio confortable a donde ir después de estar trabajando todo el día en la biblioteca, o tal vez por hablar con alguien después de tantas horas de silencio o de tan largo soliloquio, lo cierto es que la figura de Hartung resultó ser, durante un par de años, una presencia doméstica frecuente a la que todos, finalmente, tuvimos que acostumbrarnos.

Mi padre lo conoció en uno de aquellos viajes que solía hacer cada año a Baviera y a Baden-Württemberg. Ambos se dedicaban al estudio, o a la investigación, de la Historia del Derecho. Hartung era mayor que él y pienso que aunque no se considerara su discípulo, su experiencia y sus investigaciones le habían hecho merecedor, a sus ojos, de cierto magisterio. Como Hartung tenía tiempo libre, le propuso a mi padre encontrarse cada semana para analizar, discutir y comparar el derecho germánico con el de nuestro país. Posiblemente fuera un pretexto para venir a casa. Y aunque no creo que a mi padre le interesara especialmente el tema, como conocía su manera de investigar, debió de considerar que cualquier pretexto sería bueno para trabajar con él y asistir a las sesiones que él mismo impartiría y dirigiría.

Mi padre debió de comentarlo con aquellos amigos y colegas a quienes podría interesarles el tema y ofreció nuestro domicilio, tal vez no tuviera otro remedio, para realizar las sesiones a las que asistían con asiduidad cinco o seis personas. Cada miércoles nuestra casa parecía llenarse de gente; a mí me gustaba el ir y venir de aquella multitud que siempre tenía una palabra de atención y de amabilidad para nosotros y que parecía romper la aburrida monotonía de la comunidad familiar. Mi madre preparaba café y en algunas

ocasiones hacía un pastel o una tarta que, para nuestro desencanto, se servía en el despacho de mi padre, donde se recogían durante tres o cuatro horas.

Uno de los miércoles en que hubo sesión fueron llegando todos y cuando ya estaban trabajando en el despacho, llamaron a la puerta. Mi madre no estaba en casa; yo estaba estudiando en mi habitación, iba a abrir, cuando oí los pasos de mi padre camino del recibidor. Era Margarita, una colega suya; la conocíamos hacía años, había estudiado con mi padre, estaba casada con un filólogo y, aunque eran menores, sus hijos habían venido algunos domingos con nosotros, a pasear por la montaña.

Margarita y mi padre se detuvieron frente a la puerta de mi habitación; ella parecía cansada y de mal humor. Acababa de visitar a su hermana, le dijo, que vivía en una ciudad de la provincia; llevaba una cartera que, como siempre, iba repleta de libros y papeles de todas clases, aunque en esta ocasión especialmente abultada. Sacando de la cartera un paquete envuelto en papel de estraza, le dijo: ¿Podrías guardarme esto en la nevera?, mientras se dirigía hacia el despacho donde estaban los demás.

Mi padre entró en la cocina y debió de guardar el paquete en el frigorífico. Yo acababa de tomarme un yogurt, y apenas había nada en la nevera: media docena de huevos, un paquete de mantequilla, un par de rábanos y poco más.

Mi madre llegó de la calle acompañada por el repartidor de la tienda de comestibles, guardó las compras en su sitio, nos preparó la cena; cuando todos los hermanos estábamos comiendo en la cocina, entró mi padre. Habían terminado la sesión y salían a cenar a un restaurante cerca de casa, al que iban casi siempre después de la reunión. ¿Te vienes?, le preguntó a mi madre. Hoy no, estoy cansada y tengo cosas que hacer, le respondió.

Hartung y Margarita, entraron en la cocina, saludaron a mi madre y el profesor, extendiendo el brazo, pasó la palma de su mano sobre mi cabeza, revolviéndome el pelo. Era una costumbre suya que me irritaba profundamente.

Una vez se hubieron ido todos y terminamos de cenar, mis hermanos se retiraron y yo permanecí sentado a la mesa, leyendo. Mi madre ordenó la cocina, abrió la nevera, encendió el horno y, sin prisas, se puso a preparar los ingredientes necesarios para cocinar. Todo eso debe ser para mañana, pensé. Se sentó a mi lado, abrió un libro y se puso a leer junto a mí. No acabo de terminar esta novela, me dijo, a ver si esta noche puedo leer algunos capítulos. Estuvimos leyendo en silencio los dos y, al cabo de un rato, le di las buenas noches y me retiré a mi habitación. La dejé leyendo, ensimismada

con la lectura; el horno seguía en funcionamiento.

Al día siguiente estábamos en la mesa dispuestos para comer, cuando llegó mi padre acompañado de Hartung, que la noche anterior se había olvidado la cartera con sus papeles, y se fueron al despacho. Mi madre preparaba la mesa y, al ver pasar a Hartung, lo invitó a que se quedara a comer; no esperó a que insistiéramos y, raudos, se sentó a ella, con una amplia sonrisa en los labios, junto a nosotros que ya esperábamos con impaciencia.

Mis padres siempre habían creído que el mejor sitio para educar a los hijos es alrededor de la mesa. Es el momento más propicio para explicar, comentar y preguntar por los problemas, los acontecimientos y las decisiones de cada uno. Ante un plato caliente la proximidad afectiva parece facilitar una mayor comunicación. Hartung, con doméstica ingenuidad, se sintió enseguida como en su propia casa. Se interesó por nuestros estudios, por el colegio al que asistíamos, bromeó con nosotros y nos contó historias inverosímiles de los gnomos de la Selva Negra y leyendas de los montes del Harz.

Después de comer un plato de lentejas, que Hartung saboreó como si fuera algo raro y exquisito, mi madre sacó del horno un capón asado. Estaba dorado; un aroma de espliego y benjuí y pimienta de Jamaica interrumpió la conversación que mi padre y Hartung mantenían sobre los últimos avances de su trabajo en Derecho comparado. Nos llamamos todos y, con respetuoso silencio, contemplamos admirados aquel prodigio de la naturaleza. Hartung estaba estupefacto. Yo también, porque mi madre era muy irregular cocinando; un día comíamos muy bien y otro nos arreglábamos con cualquier cosa; la noche anterior no había casi nada en la nevera. Realmente, mi madre cada día da muestras más fehacientes de su amor y de su eficacia, pensé.

Hartung estaba feliz y lo manifestaba comiendo lentamente y saboreando cada bocado con meticulosidad. Todos repetimos. Aunque bastante grande, el capón estaba asado de un modo uniforme que le daba a la carne una tierna melosidad. No quedó nada de él. Tomamos la fruta, y mi padre le ofreció a Hartung un orujo gallego que un amigo de Vigo le mandaba de vez en cuando. Qué espléndida idea tuviste comprando el capón, le dijo mamá a mi padre, mientras recogíamos la mesa; de algo sirvió que te dijera que no ayudabas nada en la casa.

Mi padre se la quedó mirando, como si no entendiera lo que ella quería decirle, cuando sonó el teléfono. Tomó el auricular y, mientras estaba escuchando, su rostro palidecía a la vez que se mesaba los cabellos con la mano derecha. Un momento, voy a ver, contestó. Y, mientras tapaba el

auricular con la mano, le dijo a mi madre: Es Margarita. Dice que pasará dentro de un rato a recoger el paquete que se dejó ayer en la nevera. Es un capón que le regaló su hermana. ¿Tú sabes algo?

Mi padre quedó con la mano, quieta, sobre el teléfono mirando a mi madre. Mis hermanos los miraban, quietos también, con la boca y los ojos abiertos, expectantes y estupefactos. El menor se quedó con una mano en el aire sosteniendo una mandarina. Hartung, que no había entendido nada, distraído, pelaba un plátano.

3. Vestir al desnudo

Estaba en el avión que me llevaba a Frankfurt. Iba allí por una larga temporada. Había conseguido la ayuda de una entidad bancaria de mi país que, decidida a ayudar a quienes habían demostrado su capacidad, había reconocido la mía y estaba dispuesta a responsabilizarse de los gastos que acarrearía el proyecto de investigación en el que me había comprometido seriamente.

Digo seriamente, porque este trabajo exigía constancia, renuncia y paciencia. Todos los trabajos exigen, con mayor o menor intensidad, cierta capacidad para esas virtudes. Sin embargo, ahora, creía excesivo el grado de renuncia, constancia y paciencia que se me exigía para la satisfacción que todo ello me iba a reportar.

De hecho, cuando hube conseguido la ayuda, quise abandonarlo todo; la investigación, que había preparado con entusiasmo y cierta alegría, y la ayuda para realizarla. Pero, al parecer, era ya demasiado tarde: estaba en el avión que iba a llevarme a mi destino: Frankfurt, el lugar donde debería residir un largo tiempo, dedicado a la investigación, en otro tiempo anhelada, y ahora, obligada e incierta.

Me sentía extrañamente solo; como si no fuera yo el que iba en aquella butaca, con el cinturón abrochado, fumando un cigarrillo y oyendo voces a mi alrededor, como si vinieran de muy lejos y no supiera en qué idioma se expresaban, como si la gente que veía y oía no fuera más que una extraña visión, sin cuerpo, de mi imaginación desconcertada por el orden en que se sucedieron los hechos: un orden contrario a toda posibilidad de comprensión y sin verdadera razón de ser; como si fuera otro, desconocido y desatinado, el que hubiera tomado el avión, sin saber quién o qué le había obligado a marcharse, qué dirección tomaría y a qué debía ir; como si todo fuera una construcción de mi entendimiento, trastornado por una decisión que no había tomado y que nunca hubiera podido tomar. Ahora dudaba de la necesidad de mi investigación, de mi interés por ella. En realidad, había sido la decisión de la entidad bancaria la que me había obligado a tomar una resolución que, en mi fuero interior, me resistía a aceptar; hasta el punto de que ese viaje a Frankfurt, la estancia forzosa en Alemania y la investigación tenían lugar finalmente a pesar de mí mismo. Ahora caía en la cuenta: cuando todo

parecía irremediable.

Llegué a Frankfurt. El día era espeso, gris. Todo parecía estar sumido en ese color monocorde y sucio que lo reducía todo a un perfil de extraña y grávida tristeza difícil de describir. Sentía pesadez y dolor en todo mi cuerpo. Aquel color gris y aquella monotonía establecían una rara analogía con mi estado moral: un negro arrepentimiento por todo lo que hacía y todo lo que había dejado de hacer. El mismo color, endémico, que parecían padecer todas las cosas.

Tomé un taxi al salir del aeropuerto. No tenía el ánimo para tomar un autobús. En la soledad del taxi procuré reconfortarme. Me abandoné en el asiento, no podía ver nada: todo me remitía a aquel estado de incomodidad general, pandémica e ineludible. Era como si a mi alrededor las cosas me observaran con la proximidad que sólo establece la tiniebla, como si exhibieran ante mí el estado de mi ánimo, la negra y mala disposición mía para con todo. Me sentía extraño a todo, a todos, a los demás, a mí mismo y a lo que podría hacer de mí mismo. El recuerdo del pasado inmediato, de aquello a lo que había renunciado, y la contemplación de lo que estaba viviendo, si es que en realidad lo vivía, y de lo que podía esperar, se instalaron en mí como un dolor que me irritaba y me ofendía.

Después de atravesar autopistas, alumbradas con una luz ocre que teñía con un repugnante tono de orín las casas y el asfalto, y a mí me sumía en un abandono que sabía insostenible, el taxi me dejó en la dirección indicada.

Era la casa de Jorge, un amigo de mi hermano, médico como él y que yo conocía desde hacía tiempo. Era amigo de mi hermano; y aunque no había mantenido con él más que una relación de amigo de mi hermano, de pronto recordé de él una hermosa virtud. Hacía de aquello más de quince años, durante un verano en casa de mis padres. Una tarde, un pájaro recién nacido había caído de su nido y había ido a dar a nuestros pies. Jorge lo había tomado entre las manos, había trepado al árbol y lo había depositado otra vez en el nido, junto a los demás. El remoto reconocimiento de semejante virtud, la caridad, fue entonces como el anuncio de una posible, aunque incierta, afinidad afectiva con él.

Jorge me había ofrecido su casa. Hasta que se acostumbre a su nueva situación, le había dicho a mi hermano. Frankfurt es una ciudad difícil para quién no la ha vivido. Me había hecho a la idea: pasaría un par de semanas con él y su familia mientras buscaba un apartamento.

Bajé del taxi y pagué. La calle, la acera, los ocho escalones que llevaban al

portal, la fachada, el gris plomo del cielo, todo parecía de la misma materia que mi tribulación: de una pesadez mortal que me impedía pensar, de una humedad espesa de la que me era imposible sustraerme. A esta edad, me dije mientras subía los escalones, eres todavía un adolescente; y lo seguirás siendo siempre; sometido a la inmediatez de los afectos, a la fatiga de los sentimientos, a la irresponsabilidad de las decisiones. A merced de lo imprevisto, siempre. Un velo del mismo malva sucio que el arrepentimiento que no cesaba de acosarme cubría mis ojos cuando toqué el timbre.

Jorge abrió la puerta: una amplia sonrisa de hospitalidad le iluminaba el rostro, abría los brazos generosamente y, con un gesto ligeramente burlón, inclinaba el pecho mientras movía ampulosamente el brazo derecho. Una niña y un perro estaban detrás de él, en el dintel de la puerta. Un viento helado removi6 los cabellos de la niña, mientras el perro se escondía veloz detrás de ella.

El velo malva sucio que me cubría los ojos se rasgó con el llanto. Me contuve como pude. La oscuridad de la calle impidió que Jorge se diera cuenta. El perro y la niña, sin embargo, me contemplaron detenidamente: la niña con la cara inclinada y los ojos atentos, el perro levantando el cuello, mirándome y oliéndome la manga del abrigo con el hocico húmedo mientras yo atravesaba el dintel.

Entramos en la casa, dejamos el equipaje en el vestíbulo y pasamos al salón. La chimenea estaba encendida; encima de una mesa iluminada por una lámpara de opalina verde había un libro abierto con reproducciones y también una lupa; una música reconfortante, que reconocí al entrar en la estancia, me hizo sentir, con mayor intensidad, todo el frío, la humedad y la desazón de mi estado. Los despropósitos que había ido hilvanando en el avión. La mezquindad de mis reflexiones. Mi incapacidad. Me senté junto a la chimenea.

Voy a prepararte un ponche, me dijo Jorge. Mi mujer ha salido, pero no tardará. Estos días el frío está siendo intenso y ese viento inclemente ha desnudado los árboles, lo ha revuelto todo; al parecer el invierno se ha instalado definitivamente entre nosotros. Ya te acostumbrarás. Con un par de semanas te acomodarás a este clima aciago. Resulta incómodo, al principio; con el tiempo, sin embargo, reconocerás que tiene un encanto particular. Pero no estás en condiciones de considerar lo que te estoy diciendo.

Jorge salió de la estancia. La niña se había sentado a la mesa, en una silla con un almohadón muy grande y contemplaba el libro con reproducciones de

colores. Apoyaba la cabeza en las manos y, levantando el rostro, iba mirándome de vez en cuando por encima de la montura de sus gafas diminutas. El perro, frente a la chimenea, reposaba la cabeza en la alfombra y también me miraba. Pestañeaba como dando a entender que comprendía mi quebranto y que lo mejor que podía hacer era permanecer quieto, donde estaba.

La música seguía sonando; unas voces casi blancas me aliviaban; permitían que, por instantes, olvidara lo que había ido sucediéndome en las últimas horas: la despedida de Clara, la clausura de mi apartamento, el viaje en avión, las consideraciones sobre mi estado y la perplejidad y la contradicción de mi ánimo. Los compases se sucedían armoniosamente. Sentí frío. Junté las rodillas y crucé los pies. Me frotaba las manos con vehemencia, cruzaba los dedos. Miré el fuego. El perro permanecía junto a mí, quieto y expectante.

La niña, apoyándose en el borde de la mesa, bajó de la silla y cogió una manta escocesa doblada encima de un sillón. Con las dos manos la acercó a su pecho y, abrazándola, atravesó la habitación hacia mí.

Por los altavoces, la música de unos tenues violines y los arpeggios de un arpa acompañaban las voces que evolucionaban nítidamente en el aire tibio de la estancia. Llegaban a mis oídos, claras, sus palabras.

*Soave sia il vento, tranquilla sia l'onda. Ed ogni elemento, benigno
risponda ai vostri desir.*

La niña me tapaba con la manta escocesa cuando Jorge entró en el salón con el ponche.

4. Dar posada al peregrino

Todo solía empezar una semana antes de partir. El colchón del abuelo se hacía de nuevo y se vapuleaban fuertemente al sol los demás. La despensa iba llenándose de víveres que en nuestro retiro estival sería difícil adquirir, como lentejas, garbanzos, bacalao en salazón, especias, latas de conserva, pasta de sopa. Se preparaba la ropa, la de la casa y la nuestra; se zurcía y arreglaba la que estaba estropeada y se compraban las prendas que hicieran falta para pasar el verano.

Las gorras y los sombreros se reponían cada año; no sé si porque nuestras cabezas crecían en exceso durante el curso escolar o porque no podían resistir los estragos del sol mediterráneo. Las sandalias y las alpargatas también se reponían todos los años; las sandalias podían durar hasta setiembre, pero a últimos de julio había que comprar otros pares de alpargatas porque ya en esas fechas se habían deshilachado y llevaban los cordones rotos y agujereada la tela a la altura del dedo gordo del pie. No necesitábamos mucha ropa. Teníamos dos o tres pantalones, una sahariana, una blusa de pescador y varios niquis, que generalmente pasaban de un hermano a otro a medida que íbamos creciendo.

Se preparaba una caja con libros de todas clases, desde los cuentos de Grimm y Andersen, de Calleja y de Adalbert Stifter hasta un recetario de mermeladas caseras. No podían faltar algunos títulos de la colección de Clásicos Castellanos en tapa de pasta española, como las

Poesías

de Lope de Vega, la

Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos
de Francisco de Moncada, o la traducción de

El rey Lear

de don Jacinto Benavente. Que por supuesto no eran para nosotros, sino para el abuelo, quien, a la hora de la siesta, bajo el porche, procuraba leer entre cabezada y cabezada, sentado en la mecedora.

Salíamos después de comer. Pero no inmediatamente. Antes, íbamos a nuestras habitaciones y nos echábamos en la cama entre quince y veinte minutos. «La comida reposada y la cena paseada», decía mi abuelo con autoridad. Habían empezado a bajar el equipaje. Mercedes y Amparo

realizaban diligentemente lo que mi madre les ordenaba. Con cuidado y, en algunas ocasiones, con esfuerzo, iban bajando al portal todo lo que debíamos llevarnos para pasar el verano en la finca del abuelo. Las maletas, las cajas de comestibles y de libros, los baúles de la ropa, los colchones. Se disponía todo ello ordenadamente en un carro tirado por una mula, fuerte como un roble pero fea como el demonio, y se tapaban los bultos con una especie de sábana blanca bien sujeta a los barrotes del carro.

Nosotros íbamos en una tartana de muelles, como la solíamos llamar, porque los asientos se ajustaban a unos rudimentarios muelles de suspensión que nos permitían resistir mejor los largos trayectos por aquellos caminos del infierno. Nuestra tartana estaba cubierta por un toldo de lona blanca que nos preservaba del sol y del calor.

Solíamos partir en la segunda quincena de junio. Lo recuerdo perfectamente, porque por la festividad de san Juan, que es el veinticuatro de junio y era el santo del abuelo, toda la casa ya estaba puesta y en orden, y nosotros, instalados en ella como si nunca más hubiéramos de volver a la ciudad. Después de los quince minutos de descanso reglamentarios, todos, con más cosas en las manos, subíamos a la tartana y nos acomodábamos de la forma más aceptable y cómoda que las circunstancias permitían.

Aquella misma mañana, Juan, el mayoral, que había bajado con el carro y la tartana de El Juncal, como se llamaba la finca de mi abuelo, habría aprovechado el tiempo en la ciudad para hacer algunos recados y luego vendría a comer a casa para llevarnos después a la cita de todos los veranos. De muchísimos veranos. Porque el primer año en que dejé de subir a El Juncal —nunca más volvería a subir por aquellas fechas— y me quedé en la ciudad con mi padre, di como pretexto el que para mi trabajo de investigación no habría encontrado en la finca los libros que habría tenido que consultar. La última vez que pasé el verano en El Juncal debía de tener, pues, diecinueve años, los que tenía cuando fui a la universidad.

Juan se sentaba en el pescante y llevaba las riendas del caballo, que era de color pardo oscuro y de piel brillante. Era bastante joven y fuerte, aunque no de una raza prestigiosa; antes al contrario, como servía, sobre todo, para llevar carga, era un poco rechoncho y jampón, aunque a mí me había parecido siempre elegante. Aquel día los jaeces eran especiales para la ocasión, pues únicamente para la fiesta del pueblo volvían a ponerse. La guarnición estaba limpia y bien embetunada, los metales relucientes y en algunas ocasiones las crines del caballo se adornaban con cintas de color,

entrelazadas, que serpenteaban con el viento como las cintas del ventilador del despacho de mi padre.

A cubierto en la tartana viajábamos mi abuelo, mi madre, Amparo, Mercedes y nosotros cuatro. Aquel día íbamos todos vestidos de blanco, los chicos con un niqui que tenía bordada una carabela con una gaviota volando entre los mástiles y nuestra hermana con un vestido de organdí, y una oca regando bordada en la pechera. Mi abuelo también vestía de blanco, con un traje de una tela seca y áspera, como de arpillera, que le hacía unas extrañas bolsas a la altura de las rodillas y en los bajos de la americana.

Partíamos, pues, alrededor de las cuatro de la tarde de mediados de junio. Salíamos por el Paseo de la Alameda y, bajo un sol que parecía salir de la tierra, enfilábamos la carretera mientras íbamos dejando atrás, lentamente, la ciudad. Iban escaseando las construcciones urbanas y en su lugar aparecían pequeños huertos, campos de trigo y de centeno que brillaban al sol, crecidos y dorados por la humedad y la luz de todo un invierno. Pequeñas colinas que parecían surgir de entre los árboles mostraban sus perfiles limpios sobre un cielo lúcido y transparente de primavera.

Nos cruzábamos con algún pastor que miraba pacer sus cabras y tomaba el fresco bajo un algarrobo. Rebaños de ovejas que parecían haber sido esquiladas la tarde anterior, de tan apuradamente que habían sido afeitadas. Bandadas de pájaros que aparecían, de pronto, entre los trigales, removiendo las espigas que se inclinaban por el peso de sus frutos y que se dispersaban velozmente con sus trinos. En alguna ocasión nos cruzábamos con otra tartana que recorría el camino a la inversa y, entonces, nos deteníamos todos, los que íbamos y los que volvían, y nos intercambiábamos saludos, consejos y recordatorios.

El Juncal estaba a veinticinco kilómetros de la ciudad y tardábamos de cuatro horas y media a cinco en ir, de modo que al llegar, estábamos entumecidos, ya que sólo en escasas ocasiones nos parábamos a descansar o a comprar algo en las tiendas de la carretera. Sin embargo no se hacía cansado el viaje; escuchábamos, hablábamos, cantábamos, y la perspectiva del verano en El Juncal nos hacía imaginar miles de cosas que luego no sucedían. Sucédían otras, pero nunca las que pensábamos cuando subidos en la tartana nos dirigíamos allí.

Creo que, para todos nosotros, era la mejor forma posible de pasar el verano, teníamos muy pocas obligaciones que cumplir a lo largo del día y podíamos leer, o jugar, o estar solos. Ni mi madre ni mi abuelo se

preocupaban por nosotros; nos dejaban a nuestro aire. Únicamente por las tardes teníamos que hacer los deberes escolares que habían prescrito nuestros profesores; más tarde el abuelo nos leía, durante una hora, un libro especialmente elegido para nosotros y que podía ser

Hard Times

de Charles Dickens, o

Las tribulaciones de un chino en China

de Julio Verne, o

La vida nueva de Pedrito de Andía

de Rafael Sánchez-Mazas, o

La minyonia d'un infant orat,

de Llorenç Riber.

Ya de mayor supe que pasábamos el verano en El Juncal por el abuelo. No era por nosotros, no era para que pasáramos un verano saludable, ni para cambiar de aires, por lo que permanecíamos los tres meses estivales en El Juncal. Para mi madre, y esto también lo supe más tarde, suponía un gran esfuerzo prepararlo todo y pasar el verano en aquellas circunstancias. Aunque también le gustaba subir a El Juncal, hacerlo le suponía una responsabilidad excesiva, y la obligaba a pasar unas semanas alejada de su esposo, cosa que no le hacía ninguna gracia. En realidad fue por el abuelo por lo que pasamos los veranos de nuestra niñez y de nuestra adolescencia en una hacienda rural.

Porque para el abuelo El Juncal era su casa. Su verdadera casa. Y estábamos invitados a su casa, con todo lo que eso pudiera suponer. En la ciudad siempre se encontró desplazado; no mucho, pero sí lo suficiente como para sentir que su lugar no era aquél. Había nacido en El Juncal y allí había crecido y allí había vivido hasta que la familia se trasladó a la ciudad. Pero siempre había vuelto, tal vez nunca se alejó de El Juncal. Allí guardaba todas aquellas cosas —cartas, documentos, reliquias, muebles— que le habían ayudado a crearse una identidad en la que reconocerse.

Por esa razón también viajábamos a El Juncal en la tartana y preparábamos el traslado como si aún viviéramos en el siglo XIX. Habríamos podido ir en el mil quinientos de mi padre y organizar el desplazamiento de un modo más simple y racional. Pero mi abuelo prefería aquel medio de locomoción lento y parsimonioso porque formaba parte de la liturgia a la que felizmente nos sometíamos.

Al tomar la curva por donde se ascendía a la casa de El Juncal, mi abuelo se apeaba y subía andando hasta ella por un atajo. Llegaba antes que

nosotros; se lavaba la cara y las manos, se ponía un poco de colonia, se peinaba y salía al porche a recibirnos, como si nunca hubiera salido de la hacienda y hubiera estado esperándonos mucho rato, preparándolo todo para que fuera más propicia la estancia estival en su casa.

5. Redimir a los cautivos

Vivíamos en un ático. En una casa muy bonita, construida en 1953: mucho antes de que la ciudad empezara a crecer y se construyera por todas partes, y mal. Nuestra casa tenía una dignidad que ha desaparecido de casi todos los edificios que la circundan. Proyectada por sus cuatro costados, recordaba una de esas torres novecentistas que tanto abundaban en nuestro barrio y que fueron demolidas para construir en su lugar los edificios que han destruido el antiguo perfil.

Tenía cuatro plantas y estaba pintada de un color crema que ha ido destiñéndose con los años. No se había vuelto a pintar, lo cual le ofrecía cierta pátina de nobleza y austeridad que no tienen las construcciones actuales, con tanto aluminio, vidrio y piedra artificial. La nuestra parecía una casa inglesa. O al menos se parecía a la idea que teníamos de una casa inglesa. De una altura razonable, rodeada de un pequeño jardín, y con una domesticidad civilizada; sobre todo por las noches, cuando quedaban las persianas abiertas y la luz eléctrica iluminaba el rectángulo de las ventanas que daban a la calle.

Circundando la casa, un seto la resguardaba de la calle y de las casas vecinas; un seto ufano y tupido, que medía más de tres metros, de la familia de las coníferas, parecido al ciprés, pero más frondoso y sobre todo más ancho; formaba como una muralla vegetal que nos preservaba del ir y venir de los automóviles que, aunque en nuestra calle no eran muchos, solían interrumpir la quietud doméstica a la que estábamos acostumbrados y de la que éramos tan celosos. Cada tres o cuatro meses venía un jardinero a podar el seto, porque crecía demasiado; en algunas ocasiones, había llegado a cegar la reja de entrada al jardín.

Cuando ocurrió la desgracia, el jardinero debía de estar a punto de venir: el seto había crecido tanto, y sus ramas se habían extendido de tal modo que, para entrar en el vestíbulo, había que tener mucho cuidado en evitar que la vegetación nos arañara o nos hiciera estropicios en la ropa. Fue una suerte para todos que el jardinero tardara en podar. Una suerte, sobre todo para mí; sin embargo nada ha vuelto a ser como antes y, a pesar de que no puedo quejarme de la suerte, en días como hoy, en los que no soy capaz de distraerme con nada, pienso que me gustaría ser como cualquiera de los que

pueden andar por la calle, tomar el autobús y llevar una vida como la de todo el mundo.

Aunque la casa era sencilla, tenía algunos ornamentos clásicos que le conferían, de un modo amable y sin pretensiones, un cierto confort urbano. En las cuatro esquinas tenía unas pilastras geminadas de estilo jónico que atravesaban el edificio desde la primera planta hasta la cornisa de la balaustrada de nuestra terraza.

Teníamos una terraza. Con cipreses, una buganvilla y un magnolio. Habíamos tenido una hierbaluisa y un jazmín, pero habían muerto con las últimas heladas. La terraza era como la extensión del comedor y de la sala de estar; en ella tomábamos el sol en invierno y el fresco en las tardes de primavera. Allí comíamos cuando hacía buen tiempo, jugábamos con las hormigas de los maceteros y observábamos los brotes jóvenes de la buganvilla que crecían por entre las columnitas torneadas de la balaustrada.

Esta balaustrada de granito que rodeaba la terraza, desde la calle hacía como de remate perfecto del edificio y le daba una exquisita elegancia. La cornisa, en voladizo, contribuía poderosamente a esta elegancia algo clasicista. Recuerdo con mucha alegría el tiempo que vivimos en aquella casa. La luz, el sol que por las tardes entraba en mi cuarto, el jardín donde jugábamos con los niños de la vecindad, la terraza donde aprendí a jugar al ajedrez.

De hecho lo recuerdo todo, con nostalgia y con algo de melancolía, porque los hábitos de la familia se alteraron, sobre todo los míos, cuando tuvimos que cambiar de domicilio. Aquel año perdí el curso, estuve nueve meses en la cama, inmóvil, y cuando me hube restablecido y volví a casa, nos habíamos mudado a una nueva vivienda. Nada en nuestra vida ha vuelto a ser como había sido en aquel ático, con la balaustrada de granito y la buganvilla y el gato durmiendo, los días de sol, bajo el magnolio.

Porque, en aquella casa, tuve un gato. Atigrado, hermoso y despabilado y al que siempre creímos feliz con nosotros. Le gustaba la terraza. Creo que los árboles, las plantas, la hierba que crecía en las macetas, le proporcionaban mucha satisfacción y un cierto placer atávico que demostraba con su ronroneo. Los meses de invierno, si había sol, dormía a los pies del magnolio, se desperezaba y se acicalaba con parsimonia y con esmero. Una sensualidad grave dirigía los movimientos del felino. Siempre me han producido tristeza los animales domésticos que viven en pisos: sin espacio para correr, saltar, sin poder subirse a los árboles o ir de caza. Sin embargo, creo que en la

terrazza mi gato se encontraba a gusto; al menos nunca dio muestras de malquerencia. Y aunque era independiente como todos los animales de su especie, siempre tenía para cada miembro de la familia un gesto cariñoso y tierno, no exento de interés.

Mi padre no quería un animal en casa, bajo ningún pretexto. Sin embargo, un día llegué con el gato que me había regalado el bedel del colegio y lo llevé a la terraza; se instaló bajo el magnolio, de donde no salió en dos o tres días, y se posesionó poco a poco de la vivienda, instalándose en ella como en su propia casa, que también lo era.

Supo seducirnos a todos. Subía a la mesa donde yo hacía los deberes y se dormía, confiado, bajo la luz del flexo; al llegar de la escuela era como si hubiera estado esperándome para que le acariciara el lomo y jugara con él, se arrimaba a mis piernas y daba un pequeño salto hasta tocar con su cabeza mis rodillas. Dormía a los pies de mi cama y por la mañana se acercaba a mi almohada y pretendía jugar conmigo y sacudirme el sueño, antes de que mi padre viniera a despertarme. Con mi madre llegó a establecer una relación de afecto y de absoluta dependencia, porque era la que siempre le daba la comida. Con mi padre estuvo, al principio, un poco reticente, era natural; pero llegó a acostumbrarse a su manera de ser. Al poco tiempo, ninguno de los miembros de la familia pudo prescindir del gato, ni de su inevitable presencia, ni de sus afectuosos arrumacos. A todos nos gustaba su compañía. Éramos entonces una familia tranquila y a los gatos les gusta la paz. En aquella casa, la encontraba.

Un domingo por la mañana, después de desayunar, fuimos a pasear por la ciudad. Mi madre había dejado la comida preparada y aprovechamos el camino de vuelta para pasar por la pastelería donde solíamos comprar los postres con cierta regularidad. Nosotros íbamos delante, jugando; nuestros padres, detrás. Dimos la vuelta a la esquina para entrar en nuestra calle. De lejos nuestra casa se erguía ante los ojos de todos con su perfil inconfundible y yo la observaba mientras nos acercábamos a ella, cuando vi el gato paseándose parsimoniosamente por la balaustrada.

Al principio nos reímos y aplaudimos su audacia; sin embargo, a medida que nos acercábamos, empezamos a temer por él y desde la calle le llamamos para que volviera a entrar en casa. Una rara inquietud se apoderó de todos nosotros y apretamos el paso. Ya junto al seto, vimos que el gato había quedado atrapado entre las ramas de la buganvilla que habían ido creciendo por entre los balaustres y parecía no poder liberarse de aquel entresijo de

ramas, flores y hojas. Yo temía que se lastimara o que resbalara y cayera a la calle.

Entramos todos a la carrera, tomamos el ascensor y, al llegar a nuestro piso, atravesé el pasillo y, adelantándome a los demás, alcancé la terraza y me asomé por encima de la balaustrada para rescatar al gato que seguía atrapado entre la buganvilla. Maullaba y se lamentaba y cuando me vio, manifestó, con su mirada, la necesidad de que alguien le ayudara a liberarse de las ramas que lo aprisionaban. Al ir a cogerlo, tal vez porque me arañó al querer asirse a mis brazos, tal vez por los movimientos bruscos que realizara, perdí el equilibrio y me precipité al vacío cayendo sobre el seto, que detuvo el impacto de mi golpe.

Después del accidente mi padre decidió que debíamos cambiarnos de casa. Que habíamos tenido mucha suerte, pero que todo lo que me había pasado había sido una premonición de algo peor e irreparable. Nos fuimos a vivir a una casa normal, sin jardín, sin seto, sin terraza y sin plantas. Tampoco volvimos a tener un animal doméstico. Ni he podido volver a hablar, nunca más, de todo ello.

6. Visitar a los enfermos

Pablo fue mi mejor amigo. Tal vez el único amigo que tuve nunca. Después de él no he mantenido con nadie una relación como la que mantuve con él, mientras vivió. Tal vez fuera por la edad. En la adolescencia la amistad es como la extensión de esa conciencia perpleja que uno va descubriéndose, a empellones y sustos. Siempre pensé que aquella extensión de mi conciencia que se personificaba en la figura de Pablo, era más firme y más real que la mía propia.

Pablo era más inteligente que yo, más franco y más abierto. Yo tenía serias dificultades para relacionarme con el mundo de los acontecimientos: para mí, todo suponía un problema o una contrariedad. Era suspicaz y sentía temor por cualquier cosa. Pablo, en cambio, era valeroso; sabía enfrentarse a las dificultades como una persona mayor, pensaba yo. Estas cualidades, sin embargo, no me habrían despertado el afecto, ni la amistad que le profesaba, si no hubiera reconocido en él aquellas otras que parece que se pierden con los años, como la solidaridad, la fidelidad, la capacidad de entrega y la paciencia.

Conocí a Pablo durante el primer curso de bachillerato. Su padre, por su trabajo, tuvo que venir a nuestra ciudad y él se incorporó a nuestra clase ya bien entrado el curso escolar. Le reconocí inmediatamente como al amigo que realmente fue y pienso que él también me reconoció a mí; en aquellos años yo tenía tan mal concepto de mí mismo que no podía creer que nadie quisiera, por su propia voluntad, hacerse amigo mío. Y él sí quiso. Tal vez, ésta fue una de las razones por las cuales yo no podía dudar de su amistad; porque fue su amistad y su afecto los que propiciaron que sea como soy ahora.

Cuando terminamos el bachillerato, entramos en la universidad. Y aunque él hacía Letras y yo Ciencias, seguíamos viéndonos con la misma frecuencia de antes y participando de todo aquello en lo que ocupábamos nuestra vida y nuestra existencia. A mí me interesaban sus estudios, y él parecía interesarse por los míos. Llegué a tener una formación humanística, que todavía hoy asombra a mis colegas. Pablo podía mantener cualquier conversación sobre física cuántica o sobre el principio de incertidumbre de Heisenberg. Tanto en su casa como en la mía entablábamos larguísimas discusiones sobre el futuro de la humanidad, la ideología de nuestro tiempo y la temperatura de las

chicas con quienes salíamos los sábados.

Todo acontecía con regularidad: las clases, los paseos, las discusiones, los guateques. A pesar de que el tiempo, los estudios y los quehaceres diarios le habían hecho perder algo de su esplendor original, nuestra amistad permanecía firme: nos sabíamos mutuamente deudores de lo que cada uno de nosotros consideraba como lo mejor de sí mismo.

Un día, Pablo me llamó por teléfono. Tengo que hablarte ahora mismo. Nos vemos dentro de media hora en el bar de la plaza. Estaba pálido y nervioso. Los médicos le habían detectado una terrible enfermedad en los huesos. Que se le desintegraban progresivamente como una piedra enferma, y que en un par de años serían como aserrín, o arena o polvo de granito. No me lo creí; tal vez pensara que se encontraría un remedio y que no era posible una muerte así, a los veintitrés años. Sin embargo, dos meses después, Pablo ya no salía de casa de sus padres.

Al principio siguió yendo a la universidad; después sólo asistía a las clases de última hora; más tarde salía a mediodía a pasear por el barrio o a tomar el sol en la plaza de enfrente de su casa. Luego, ni tan siquiera podía andar cuatro pasos sin que su cuerpo manifestara la violenta enfermedad que lo sumía. Finalmente ya no salió más de casa de sus padres.

Yo le visitaba todas las tardes y sé que agradecía mis visitas y el tiempo que ocupaba en su compañía. Le leía algún libro, el periódico, cualquier cosa liviana que me cayera entre las manos; le contaba las cosas que me sucedían, lo que yo creía que podía distraerle en la reclusión a que le tenía sometido su enfermedad. Iba perdiendo capacidad de atención y, cuando la tenía, no solía ser por mucho tiempo. Posiblemente no atendiera a la lectura y tampoco le interesara lo que pudiera ocurrir. Sin embargo ponía la cara de atención que tan bien le conocía y se esforzaba por mostrar interés.

Fue perdiendo la memoria. En algunas ocasiones no llegó a reconocerse y entonces preguntaba a su madre quién era yo y qué quería. Otras veces no recordaba dónde estaba, ni qué hacía en aquel lugar. Para evitar o, simplemente, para aliviar aquella progresiva pérdida de su memoria, yo intentaba contarle cosas de nuestro pasado común, episodios felices, sucesos memorables, anécdotas y chascarrillos de nuestra adolescencia. Cuando podía recordar, se detenía en los detalles más sencillos. Apenas recordaba los grandes acontecimientos y, en cambio, podía describir con precisión situaciones y escenas que, a pesar de haberlas vivido los dos, yo las tenía totalmente olvidadas.

Unos meses más tarde, el estado de Pablo empeoró. Fue debilitándose, incapaz de sostenerse y apenas con fuerza para abrir la puerta. Sus ojos fueron cubriéndose de un velo gris y de una pesadez quieta. Se quedaba absorto y casi inmóvil, y su mirada se perdía en cualquier rincón de la casa. Apenas hablaba. Los últimos días ya no tenía recursos para expresarse, ni tan sólo para dar a entender el más pequeño quiebro de su pensamiento. Aquella enfermedad le había transformado en otro hombre.

Era, ciertamente, otro hombre; no conservaba rasgo alguno de aquel carácter que había hecho posible nuestra amistad. Su inteligencia parecía recluida en el lugar más inverosímil de su cerebro; su curiosidad se había transformado en un solipsismo hermético, y su alegría, ahora, era una inquieta desazón. Aunque todos comprendiéramos que había razones para ello, no dejábamos de lamentar el lento resquebrajamiento de sus facultades y su lento y trágico morir.

Una tarde, al visitarle, me estremeció un escalofrío. Su estado era deplorable. Su rostro estaba pálido, los labios eran como finos pliegues transparentes y, en sus manos, las venas azules y espesas parecían a punto de rasgar la suave película que las cubría. Sus ojos, en cambio, seguían vivos; eran como dos luciérnagas luminosas que se hubieran escondido en una grieta profunda. Al verme me sonrió y, con un gesto de complicidad, me hizo un ademán para que me sentara junto a él. Me miraba y sonreía. ¿Recuerdas aquella verbena de san Juan?, me preguntó. Qué borrachos estábamos. Qué curda más memorable. Nos echaron, ¿recuerdas? Tú estabas más borracho que nadie. Ni siquiera sabías lo que hacías. Parecía contento y me miraba sin dejar de sonreír. ¿Recuerdas?, lanzaste una bola de confeti que fue a dar en la frente de la chica que daba la fiesta, un poco más y le sacas un ojo. Pablo iba a decir algo más pero se atragantó. Una fuerte convulsión le dejó sin sentido. Su madre le tocó la frente y dijo: Le ocurre a menudo, ya lo sabes, cuando se pone nervioso, no puede contenerse. Pero no hay que temer. Lo mejor es dejar que repose, que se tranquilice. Vuelve mañana. Ya sabes que le gustan mucho tus visitas y que cada tarde te espera.

Salí de casa de Pablo presintiendo lo peor, y, sin ánimo de volver a casa, pasé por la de Federico, un amigo común, para procurar distraerme y reconfortarme con su compañía. Estaba a punto de salir. Iba a una fiesta. Me animó a ir con él. Ven. Será peor si te quedas en casa. Tomarás unas copas y te distraerás. Si quieres me quedo contigo, pero sería mejor que fuéramos los dos a la fiesta.

Era una fiesta para celebrar no sé qué. A mí me pareció una fiesta infantil; me sorprendió y desagradó la multitud y el griterío, y tuve que esforzarme por no volver a casa. Todos gritaban, cantaban, aplaudían, se daban golpes en la espalda, llevaban narices postizas y espantasuegras. Eran como niños, y su alegría tonta y la algarabía que producían a mi alrededor me molestaban profundamente. No estaba para fiestas y menos con aquella gente incontinente.

Las serpentinas y el confeti se esparcían por el suelo, sobre las lámparas, en los platos de carne asada, en los vasos de whisky, en las jarras de cerveza, y se metían en las orejas. Procuré incorporarme al jolgorio a pesar de que nunca me han gustado las fiestas populares. Tampoco quería irme a casa; en aquellas circunstancias necesitaba compañía. La imagen de Pablo no cesaba de azuzar mi imaginación y mi tristeza. Tenía fija en mi mente, y ahora en mi recuerdo, aquella otra fiesta, aquel incidente del confeti que había olvidado.

La fiesta continuaba. Federico estuvo atento y solícito conmigo, conocía mi profunda amistad con Pablo y consiguió aliviar mi tristeza y hacerme olvidar la melancolía que me atenazaba. Finalmente me integré en la fiesta y también tiré confeti y serpentinas y bebí todo lo que caía en mi mano. A medianoche, sin despedirme de nadie, y sin pensar por qué, salí de la fiesta y fui a casa de Pablo.

Su madre me abrazó silenciosamente conteniendo la respiración, comprendí que Pablo había muerto. Me retuvo entre sus brazos; yo miraba, en la pared, un grabado de Ricardo Baroja. El ruido de la fiesta me estallaba en los oídos, el alcohol parecía agolparse en las sienes, reventándolas. Todo me daba vueltas. La madre de Pablo me tomó de la mano y me llevó al dormitorio.

Estaba en la cama envuelto en una sábana blanca. Cerré los ojos y una multitud de estrellitas veloces corrió de izquierda a derecha. Un dolor que parecía atravesarme el pecho me hizo llorar. Las lágrimas resbalaban quemándome el rostro, todo estaba borroso y lejano. Como pude, sin mirar, me saqué el pañuelo del bolsillo. Me sequé la humedad de las lágrimas y miré furtivamente a Pablo quien, con aquel gesto, había quedado cubierto de confeti, de minúsculos papelitos festivos que motearon su mortaja de miles de colores.

7. Enterrar a los muertos

Despedido el duelo en la puerta de la iglesia, todos los varones de la familia fuimos al cementerio. La abuela en el coche mortuorio, delante, con el chasis cubierto de coronas de flores y crespones negros que serpenteaban al viento y que de vez en cuando permitían que se leyera, en el aire, las letras plateadas cosidas en las cintas; detrás, en dos o tres coches, íbamos mis hermanos, mis primos, mis tíos y el marido de una sobrina de mi abuela que no paró de toser en todo el trayecto. A las exequias habían asistido los parientes y amigos de mis padres, mis amigos, algunos de los cuales adoraban a la abuela, con la que mantenían amenas conversaciones cuando pasaba por casa o venía a comer. También asistieron amigos de mi abuelo, pocos, puesto que muchos de ellos ya no salían de sus casas, y los más habían ido muriendo en los últimos años.

La abuela había muerto a una edad avanzada, sin padecer de ningún mal. El corazón fuerte, el hígado en perfecto funcionamiento, el estómago sin problemas. Las piernas, las piernas era lo único de lo que se resentía. Sin embargo nadie se muere de las piernas. Murió de nada, de vieja, de cansancio, de ganas de ir a hacerle compañía a su esposo, mi abuelo, que había muerto cuando mi padre apenas había cumplido los dos años.

Entre la muerte de la abuela y la de su marido pasaron cincuenta y cinco años. Cincuenta y cinco años recordando a su joven esposo, muerto de repente, del corazón, en sus brazos, mientras se columpiaba debajo del algarrobo, en la finca que acababa de heredar de su padre. Cincuenta y cinco años recordándolo, hablando de él, idealizándolo, y manteniéndolo presente en su memoria, en su casa y en su vida. Era muy alto, decía, muy guapo, serio pero tan amable, tan distinguido, el más distinguido de toda la familia, a su lado Eustaquio era un patán. Cuidadoso y limpio, siempre arreglado. Siempre con la indumentaria idónea para cada ocasión. De una elegancia natural que desconocía la ostentación. No era vanidoso. Sin embargo sabía cuidar siempre las formas, las del vestir y las otras.

Sobre la mesita de noche tenía la abuela su retrato de boda. Él, de negro, en chaqué de lana inglesa, decía, muy suave y muy fina, que abrigaba aunque apenas pesara. La camisa con las puntas del cuello formando triángulos equiláteros perfectos. Compramos la pechera en Londres, decía, de celuloide,

podía lavarse y siempre tan tiesa, como almidonada, mucho mejor que almidonada. Ella, con un traje de organdí, por supuesto blanco, una larga cola que el fotógrafo había recogido a sus pies, abierta y desplegada como un abanico. Un ramo de nomeolvides que sostenía en la mano derecha y que caía con pequeñas cintas de satén blanquísimo. Estaban muy guapos, tal vez con la belleza de los rostros perplejos.

El abuelo fue enterrado con el traje de boda, que sólo había podido llevar en otra ocasión. Ahora podría lucirlo toda la eternidad. Había sido decisión de la abuela. Que lo entierren con el traje de boda, que a mí me enterrarán con el mío. Así lo decidí cuando amortajaba a tu abuelo. Con el velo y la cola, y con el ramillete de nomeolvides que guardo en la caja sombrerera del ropero.

Era un ropero de caoba oscura altísimo, como una catedral, con una luna biselada que siempre me pareció inmensa, rematado por una especie de almenado fantasioso e indescriptible. Allí guardaba el traje de novia, el velo, las enaguas, los zapatos, las medias de seda, las puntillas, los satenes, las cintas, las joyas, sencillas y bellísimas, que lució el día de sus nupcias. Creo que la abuela, a la que le gustaban los libros, había leído *Great Expectations* de Charles Dickens, pues a mí siempre me había recordado a la desgraciada señorita Havisham, quien, vieja ya, todavía aguardaba, vestida de novia, la llegada de su prometido, que no había acudido a la boda.

Hacía buen tiempo. Un sol primaveral iluminaba el verdor espeso de los cipreses. Los nietos llevamos a hombros el ataúd de la abuela hasta la capilla familiar, una especie de mausoleo que compró nuestro bisabuelo para que toda la familia reposara bajo el mismo techo. Tras una reja de hierro, adornada con la forma de un copón eucarístico que se repite innumerablemente, se accedía a una pequeña sala presidida por un altar, debajo del cual estaba enterrado el abuelo, detrás de una lápida en la que figuraban su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte, y que dejaban un espacio vacío para que se inscribieran junto al suyo el nombre y las fechas de su esposa. En el suelo, cerrada por una reja con los mismos motivos ornamentales de la entrada había una escalera empinadísima por la que se descendía a una cripta donde reposaban los restantes miembros de la familia.

Dejamos el ataúd de la abuela sobre uno de los dos bancos adosados a la pared lateral de la capilla, mientras el sepulturero iba levantando cuidadosamente la lápida que cubría el nicho donde yacía el cuerpo del

abuelo. El ataúd estaba intacto. Lo cubría una capa espesa de finísimo polvo que sutilmente velaba el crucifijo de la tapa, dejando entrever las formas desnudas de la imagen. Entre dos hombres sacaron el pesado ataúd que durante más de cincuenta años había estado clausurado por los pesados mármoles de la lápida; con un trapo le quitaron el polvo y abrieron los herrajes que cerraban, herméticos, la pesada tapa del féretro.

El abuelo, a quien yo no conocí, estaba incólume. Los años que pasaron desde su muerte le habían conservado la juventud. Era, en efecto, un hombre de veintiséis años, demacrado y transparente, de delicada nariz y finos labios, cubierto también por un polvo todavía más sutil e impalpable que el que cubría el féretro. Vestía de blanco, sin calcetines, con unos pantalones de punto muy ajustados, con la pechera de celuloide comprada en Londres y el plastrón de seda gris. No llevaba el chaqué de lana inglesa con el que le había amortajado la abuela y con el que ella le recordaba siempre después de muerto. La polilla, que anidaba en la lana, fue la que, destruyendo el tejido, le había desvestido y lo mostraba a nuestros atónitos ojos en aquellos sencillos calzoncillos de algodón.

SEGUNDA PARTE

Obras de misericordia espirituales

8. Enseñar al que no sabe

Nos echamos al mar, tirándonos por la borda. Casi vestidos. Recogimos los pocos enseres que llevábamos y nos echamos al agua. Pedro me lo pidió, me lo exigió, casi. Antes de zarpar me previno que aquel día podría pasar cualquier cosa.

Íbamos a salir en el 420 de su hermano Luis, para hacer una excursión. Habíamos preparado las velas, el foque, los cabos, repasado los herrajes, tensado los stays y los obenques, y cuando salíamos del puerto, nos echamos al agua dejando el 420 a la deriva.

Luis, el hermano de Pedro, quien, como siempre, pretendía dirigir la maniobra desde la terraza del Club Náutico, iba de un lado para otro gritando desesperadamente. Estáis locos, locos, locos, repetía, mientras veía su barco a merced del viento y las corrientes, sin que nadie lo controlara. Nosotros observábamos desde el agua cómo Luis iba en busca del marinero de guardia para que, con la embarcación de auxilio, saliera a recoger el 420 que, como un buque fantasma, se alejaba del muelle, sin rumbo y a merced de los elementos.

Hacía tiempo que temía algo así, pero no de este calibre. Y, aunque el hecho no tuvo consecuencias graves, porque Luis y el marinero pudieron recoger el 420 que el viento había llevado hacia el malecón y había quedado atrapado entre dos veleros amarrados, y aunque las consecuencias no fueron graves, decía, el casco del barco sufrió desperfectos y el foque se rasgó en distintos puntos. Era un foque viejo que Luis no utilizaba y que nos prestaba, dudando de nuestra pericia marinera, que era precisamente lo que procurábamos se consolidara con aquellos paseos por mar. El hecho no tuvo graves consecuencias para el barco, pero sí para Pedro. Y, por tanto, también para mí.

Los varones de su familia habían sido todos de estirpe marinera. El bisabuelo fue almirante y el abuelo, marino mercante. Durante muchos años el abuelo había comandado el buque

Tarifa

, que hacía la travesía Barcelona-Génova llevando pasajeros de una península a otra. Sabía hablar italiano, portugués e inglés, además de catalán y castellano. Su fascinación por el mar sobrecogía. Creo que debía de saber el

nombre de todos los vientos, en todos los idiomas y dialectos, los nombres de todos los peces, de todos los aparejos navales, que son muchos, y con nombres complicadísimos, de los puertos principales de Europa y de América, así como de los puertos de segundo orden.

Conservaba una biblioteca en la que predominaban los temas marítimos, tanto de geografía como de historia de la mar, y libros de cartografía, pero también había novelas de tema marinero y de autores clásicos como Defoe, Poe, Conrad, London, Melville... que Pedro me había prestado en alguna ocasión y que yo había leído con interés. El abuelo sabía mucho de historia de la navegación. Sostenía una teoría de la evolución del casco de los buques que, a mi entender, era verosímil y revelaba un gran conocimiento del mar y del comportamiento de los cuerpos sólidos en un medio líquido.

Conocí al abuelo de Pedro cuando él era ya muy mayor, alto, fornido y arrogante, con unos mostachos muy grandes que casi le tapaban el labio superior. Iba siempre vestido de azul y tenía un vozarrón que siempre atribuí a que dirigía las maniobras desde el puente de mando. Y, aunque cuando le conocí debía de tener cerca de ochenta años, aún conservaba una voz grave y profunda, de bajo, que parecía salir del fondo del mar.

Antes de capitanear el

Tarifa

y de hacer el trayecto Barcelona-Génova, había sido capitán de un buque mercante de muchísimas toneladas, el

Bahía de Cochinos,

que recorría la vertiente atlántica del continente americano desde Miami hasta Tierra del Fuego, recogiendo caucho.

En casa de Pedro había oído contar anécdotas del abuelo; de su audacia y de su intrepidez, de la fuerza de sus brazos y de la resistencia de sus hombros, de las aventuras que había corrido en tantos años de navegación y que estaban en la memoria de todos. Era una presencia, la del abuelo, ineludible y, por su formidable naturaleza, es comprensible que ejerciera sobre todos una fascinación tan grande que se resolvía en la común afición al mar.

Todos los varones en la familia de Pedro habían sido de estirpe marinera, pero ya no se dedicaban a la mar; todos tenían oficios más sedentarios y menos arriesgados; sin embargo, siempre habían tenido en propiedad un velero de considerables dimensiones con el que viajaban por la costa y por las islas mediterráneas. Luis, el hermano de Pedro, conocía el mar y sabía navegar muy bien. Por la experiencia del abuelo, todos sentían un gran

respeto por el mar. Eran intrépidos pero no audaces, y calibraban cada maniobra con la meticulosidad de un cirujano.

Un día, y de eso hace ya bastantes años, Pedro me invitó a dar un paseo en bote; era un bote auxiliar de apenas tres metros. Como todos sus aparejos estaban guardados en la cabina del Club Náutico y Pedro no tenía la llave, ideó un sistema rudimentario, pero eficaz, para poder navegar dentro del puerto. Con el remo de una piragua, improvisó el palo mayor y, para la vela, se las arregló con el chubasquero de plástico, negro y muy grande, que su padre se había comprado en Oslo. Con las mangas atadas en el extremo superior del palo mayor y con los bajos bien sujetos a la botavara, el bote adquiriría cierto aire vikingo.

Cuando teníamos las mañanas libres salíamos remando del Club Náutico y, a una distancia prudencial, desplegábamos el chubasquero y nos hacíamos a la mar; naturalmente sin salir nunca del puerto. Nos divertía nuestra propia tenacidad. Cuando soplaban viento racheado, el chubasquero se hinchaba y, como no tenía intersticios por donde pudiera colarse el viento, alcanzábamos velocidades considerables. Entonces era magnífico, porque dejábamos atrás una estela que nos llenaba de orgullo por nuestra pericia y nuestra osadía. Nos tirábamos al agua para bañarnos, y si el mar no estaba muy revuelto, echábamos el curricán.

Estuvimos todo un verano navegando en aquellas condiciones. Éramos ya avezados marineros, seguros y rápidos en las maniobras. En más de una ocasión estuvimos tentados de salir del puerto y navegar hasta unos islotes rocosos de las proximidades; sin embargo, cada vez que dirigíamos la proa en esa dirección, Pedro recapacitaba y nunca llegamos a ir.

Teníamos una sensación de absoluta libertad y de íntima satisfacción cuando el viento hinchaba el chubasquero; entonces, el chubasquero parecía un

spinnaker,

aquella vela que se hincha como un botijo y que da al buque una andadura sostenida y elegante. Nadie sabía de nuestras singladuras y nunca lo dijimos a ninguno de nuestros amigos. Fue, con toda seguridad, el verano más feliz de mi adolescencia.

En la terraza del Club Náutico siempre había socios que tomaban el sol o el fresco, leían el periódico, jugaban a las damas, observaban y comentaban las maniobras de los que entraban y salían en el puerto, discutían las bordadas, si había sido pertinente arriar tan pronto o si el viraje había sido

una pifia. Comentarios sin malicia, pero que siempre ponían nerviosos a los que zarpaban o atracaban y que debían pasar, necesariamente, por delante de la terraza; aquellos comentarios inquietaban mucho porque uno sabía que los ojos de todos estaban puestos en él, y en las maniobras que debían hacerse, y se temía ser objeto de burlas, bromas y sarcasmos.

Un sábado por la mañana habíamos salido Pedro y yo con el bote, el remo de la piragua y el chubasquero de plástico, hacia nuestras correrías marineras. Salimos remando y, una vez lejos del Club Náutico, desplegamos nuestra vela. Aquella mañana había muchos socios en la terraza, aunque nadie pareció fijarse. Sin embargo, después de hacer algunas bordadas a babor y estribor, alguien en la terraza observó que un velamen negro de origen desconocido navegaba alegremente. Mirad, mirad, qué vela más rara, dijo, señalándonos, y un grupo de ociosos se enzarzó en una discusión sobre qué tipo de vela podía ser. Es una vela sueca, decía uno. De las islas Galápagos, decía otro. Es la vela que utilizan los indígenas de Nueva Zelanda, decía otro más. Está hecha con un nuevo material sintético, utilizado para los fuselajes de la NASA, dijo un listo. Nadie lograba adivinar el origen y la naturaleza de aquella extraña vela de tan pertinaz singladura.

Estuvieron discutiendo mucho tiempo —le contó un socio del Club Náutico al padre de Pedro por la tarde— lanzando hipótesis inverosímiles sobre nuestros aparejos, tan eficaces por otra parte. Les extrañaba el color de la vela, pero le encontraban toda suerte de razones. De pronto a alguien se le ocurrió ir a buscar unos anteojos para calibrar mejor la vela que surcaba alegremente las aguas del puerto. Reconoció el bote, nos reconoció a nosotros y reconoció la naturaleza de aquel singular velamen. Como era de suponer, unas horas más tarde la familia de Pedro estaba enterada de todo. No le castigaron. Ni le riñeron, siquiera. Pero es muy peligroso navegar con un chubasquero, aunque sea por dentro del puerto, sin apenas conocer de navegación y con aquellos aparejos tan rudimentarios, le dijo el padre. Luis os enseñará a navegar como Dios manda.

Y durante varias semanas —yo asistí un solo día a aquel infausto aprendizaje— Luis enseñó a Pedro el sutil arte de la navegación. Sistemática, ordenada y pedagógicamente, Luis iniciaba a Pedro en los diversos modos, todos ellos pertinentes y eficaces, de zarpar, abordar, atracar, aparejar y desaparejar, virar, trasluchar, rizar y capear los temporales. La magia de aquella libertad entrevista cuando navegábamos a nuestro aire con el chubasquero y el remo de la piragua, sustraídos a la atención de todos, se

rompió.

La aventura se transformó en rutina, la intrepidez en disciplina y el deleite, en un aprendizaje interminable y aburrido que acabó con la paciencia de los dos. Pedro tenía una gran disposición para lo que le interesaba; aprendía con rapidez inaudita y comprendía con facilidad la naturaleza de los problemas que podían surgir. Sin embargo, en el 420, fue incapaz de abstraer las largas disquisiciones de su hermano Luis, quien, impaciente, acababa poniéndose nervioso y, después de repetir dos o tres veces cómo debía hacerse una determinada maniobra, levantaba la voz y se ponía a gritar como un energúmeno. Entonces Pedro entraba en un estado de agitación tal que se volvía incapaz de realizar con tino el más mínimo gesto. Los dos hermanos se enfadaban y acababan insultándose y gritándose, terminando todo como el rosario de la aurora.

Cuando Luis consideró a su hermano preparado para navegar solo, él y yo aparejamos y zarpamos. Estábamos virando para salir del puerto deportivo cuando, Luis, que nos observaba desde la terraza del Club, empezó, a voz en grito, a dirigir las maniobras y a comentar con sarcasmo con los demás la falta de pericia del capitán y del proel. Y, ahogándose, gritaba: Suelta cabo, borda, caza, a estribor, a babor, no tanto, no tanto, payés que eres un payés. Pedro no supo contenerse y encendido de rabia se dirigió a mí y me dijo, imperativamente: Al agua. Y nos echamos por la borda.

Pedro nunca más volvió a coger el bote, ni a subir al 420, ni siquiera al velero de su padre. Nunca más quiso saber nada del mar, y volvió en escasas ocasiones al Club Náutico. Es ahora ingeniero de caminos, tiene una casa en un pueblo de alta montaña, cuida un pequeño huerto y yo subo a verle con frecuencia. De vez en cuando le he visto releer

Billy Budd, marinero

de Herman Melville en la traducción castellana de José María Valverde.

9. Dar buen consejo a quien lo ha de menester

Los martes y los jueves de cada semana de cinco y media a siete de la tarde, iba a clase de música. Al salir de la escuela pasaba por casa, merendaba, cambiaba de carpeta y andando, porque no estaba lejos, iba a casa de doña Herminia, profesora de solfeo y de piano. Al principio me tomé aquellas clases como una nueva imposición del consejo familiar, como un quehacer ineludible que me importaba bien poco. Como otro deber más de entre todos los deberes que debía realizar durante el día. No protesté; estaba acostumbrado a que me impusieran las obligaciones más arbitrarias, sin el menor derecho a la propia determinación. Al fin y al cabo, cumplir siempre mis obligaciones, resultaba más fácil que enfrentarme a la decisión general de la familia.

La profesora, con el rigor propio de los músicos, afirmó que los dos primeros años únicamente podría enseñarme solfeo, arguyendo que el piano era la aplicación de este ejercicio, imprescindible para tocar cualquier instrumento musical. Doña Herminia era una mujer de unos sesenta años, alta y fuerte, con los brazos y los dedos largos, y las manos salpicadas de manchas de color pardo. Tenía el pelo gris, y siempre lo llevaba recogido en un moño, justo debajo de la nuca, sostenido por numerosas horquillas plateadas.

Su padre había sido compositor y alumno de Isaac Albéniz, y tenía una fotografía sobre el piano, en la que aparecía acompañado del maestro, que se cubría la cabeza con un sombrero de ala ancha y fumaba un puro. En alguna ocasión, doña Herminia tocaba las composiciones de su padre, que tenían un aire entre Albéniz, Granados y Joaquín Turina. Cuando hablaba de su padre lo hacía siempre con un leve sentimiento de tristeza. Nunca tuvo suerte. Era buen compositor; pero cuando él empezó a componer, la música española ya no gustaba, no interesaba a nadie. Nunca tuvo suerte, repetía. Yo creo que murió de tristeza, me dijo en una ocasión.

De los cuatro años en que asistí a las clases de piano, me pasé dos solfeando, marcando el compás con las manos, cantando canciones con letras como jeroglíficos, perdido en un mar de despropósitos. Luego empecé tocando *Prima carezza*, un *scherzo*, una pieza sencilla, pero no exenta de gracia, de un compositor italiano cuyo nombre nunca supe. Luego, toqué sin

dificultad el *Carnaval*, Op. 9 de Robert Schumann, a pesar de que, ahora que lo pienso, no lo acababa de entender completamente. Interpretaba también la *Sonata n° 5* en Do mayor de Baldassare Galuppi, y unas piezas cortas de Erik Satie, que a mí me gustaban mucho; mucho más que a doña Herminia. Y tocaba también, sin partitura, el tercer movimiento de la *Sonata n° 11* en La mayor KV 331, de Mozart.

En los últimos meses, sobre todo cuando me quedaba solo en casa, para distraerme, o para descansar del estudio de otras disciplinas, me sentaba al piano y con mis manos recorría la superficie del teclado y configuraba raros arpeggios, en parte inventados por mí, en parte aprendidos; improvisaba melodías o procuraba reconstruir las que conocía, adaptándolas al piano de un modo rudimentario. Aquel juego solitario me brindaba muchas satisfacciones y me ponía en un estado de ánimo eufórico y optimista, una estupenda sensación que me colmaba de un bienestar que pocas veces encontraba en otras actividades u otros juegos.

Mis estudios de piano avanzaban considerablemente, puesto que cada día les dedicaba más tiempo. Había llegado a establecer con el piano una relación que, al principio de mi aprendizaje, ni yo mismo hubiera podido imaginar. Y, aunque no olvidaba los demás quehaceres escolares, en cuanto disponía de tiempo libre, me sentaba al piano y empezaba mis improvisaciones y variaciones musicales. Como ya sabía bastante solfeo —aquellos dos años fueron, en efecto, decisivos—, podía atreverme a estudiar piezas que doña Herminia me permitía tan solo solfear. Estaba estudiando, a escondidas de la profesora, la *Sonata Waldstein* de Beethoven, aunque esta pieza se me resistía endiabladamente.

Una tarde llegué a casa de doña Herminia antes de que el estudiante de la clase anterior hubiera terminado la lección y me senté a esperar en el salón isabelino que se comunicaba con la sala de música donde se impartía la clase. Era un salón bastante oscuro, los dos balcones que daban a la calle estaban clausurados por espesas cortinas de terciopelo lila que apenas dejaban pasar la tenue luz del atardecer. Sentado en el sofá con la carpea sobre las rodillas, iba acostumbrando mis ojos a la oscuridad y, mientras iba percibiendo los objetos y los muebles del salón, que parecían surgir de la tiniebla, percibía también, con rara intensidad, la música que aquel estudiante interpretaba al piano en la sala contigua.

Era una forma de tocar contenida, como si los sonidos quedaran reducidos a su mínima forma expresiva. Por aquel entonces, cuando la profesora no me

oía, yo tenía siempre los pies puestos en el pedal para dar más resonancia a los sonidos; aquel intérprete, sin embargo, prescindía de todas las cadencias y ornamentos que pudieran interferir en la más clara dicción de la pieza y, de un modo casi matemático pero intenso, iba interpretando y desgranando las notas impresas en el pentagrama. Era una forma humilde, moderada y escueta de interpretar, como si se prescindiera del gusto del propio intérprete para que la música surgiera tal y como la había concebido el compositor.

Posiblemente no haya explicaciones objetivas sobre los efectos que puede ejercer una obra de arte en la sensibilidad y en la mente de un espectador, pero, ciertamente, sentado en la penumbra de aquel salón, sentía cómo los sonidos de aquella pieza musical pasaban por los intersticios de la puerta, llegaban a mis oídos y se introducían, subrepticamente, en un lugar de mí mismo que hasta aquel instante desconocía y que me revelaba un orden nuevo y distinto, no considerado ni percibido hasta entonces. Sentía cómo se me aceleraba el pulso y, al mismo tiempo, me sumía en una rara paz, en una reconfortante aquiescencia que me permitía comprender el orden en que se manifestaban, al menos en aquellos momentos, las cosas. Era como si todas las cosas se resolvieran en una sola, la música, aquella música; como si todas las cosas fueran una sola y que ésta estuviera frente a mí y yo la sintiera en toda su transparencia, en su inmediatez más próxima y en su más recóndito y manifiesto significado. Nada significaba, sin embargo, aquella música. Era música, únicamente.

Sentado en el sofá, con la carpeta sobre mis rodillas, en aquella penumbra en la cual, ahora que mis ojos se habían acostumbrado a ella, podía distinguir los objetos y el lugar que ocupaban en el salón. Todo permanecía idéntico a como había estado siempre: la cómoda con el busto de Beethoven y el retrato de Richard Wagner con la gorra *mittelalterlich*, el velador de caoba con el ramillete de rosas de cera pálidas, las sillas adosadas a la pared, dispuestas para recibir a invisibles visitantes, los retratos de los muertos... Todo permanecía idéntico, aunque todo experimentaba también una profunda alteración.

Seguía sentado, ensimismado, aislado con mis pensamientos, con las lucubraciones inocentes que aquella música despertaba en mi imaginación y en mi entendimiento. Sigilosa y lentamente se abrió la puerta del salón de donde provenía aquella música y el rostro de doña Herminia asomó por entre las hojas entreabiertas. Acercándose a mí, me dijo: Ven. Pasa. Oirás a un antiguo alumno mío. Él también asistió a mis clases, como tú. Y, como tú, se

pasó mucho tiempo escuchando el piano, sentado en el sofá. Ahora vive en Viena.

Entramos en silencio en la sala de música. El pianista no había dejado de tocar aunque, al oírnos, se volvió hacia nosotros con una pequeña inclinación del rostro y una levísima sonrisa en los labios. Era un hombre de unos cuarenta años, tal vez menos, aunque yo lo veía como a un hombre mayor.

Seguía tocando. Sus manos danzaban sobre el teclado y movía con elegancia los brazos mientras mantenía la cabeza erguida, como si mirara al frente. Canturreaba y, según el ritmo de la pieza, parecía como si se balanceara sin perder el compás y, aunque estuviera inmóvil, su cuerpo se movía ligeramente bajo la americana de *tweed* que llevaba cosidos en los codos unos parches ovalados de ante marrón.

Al terminar la pieza cerró el piano, encorvó la espalda, inclinó la frente hasta tocar la tapa cerrada y dejó caer, lentamente, ambas manos. Permaneció en esa posición bastante tiempo, como si estuviera reponiéndose del enorme esfuerzo de la interpretación. Respiraba lenta y profundamente, de un modo acompasado. Doña Herminia se acercó a él y, mientras le posaba la mano izquierda sobre los hombros, le dijo, pausadamente, midiendo las palabras: Ya no puedo enseñarte nada. Lo sabes todo. Has visto de la música lo que yo nunca he podido imaginarme. Has sacado de esta pieza toda su música, toda la música que guardaba en ella. Habrás trabajado mucho; a pesar de que lo que tú sabes no puede aprenderse sin haber visto antes el orden en el que se conjugan los sonidos. Ahora, debes saber mantenerte en ese dominio que has sabido ejercer sobre ti mismo.

El pianista parecía exhausto. Apenas se había movido de su postura. Permanecía sentado en el taburete con la frente sobre el piano, con los brazos colgando y las manos rozando el suelo. Lentamente se enderezó. Con la mano derecha se apartó el cabello de la frente y se lo echó para atrás. Sentado en el taburete giratorio, dio media vuelta sobre sí mismo y me miró con atención.

Yo estaba estupefacto. Aún tenía en mis oídos, y en mi imaginación, aquella pieza musical y aquella interpretación que me había permitido ver las cosas desde otro ángulo distinto del habitual. Y aquel hombre, que seguía mirándome desde el taburete, era el que había hecho posible aquel conocimiento, aquel conocimiento que había intuido, yo mismo, cuando tocaba el piano y jugaba a improvisar; aunque ahora lo sentía con inusitada intensidad.

Sentí un profundo afecto hacia él, no exento de temor; de respeto, también. El intérprete, sentado en el taburete, seguía mirándome; yo le miraba las manos, sin atreverme a levantar la vista. No sabía qué hacer, y sin embargo sentía que algo debía hacer. Me levanté, me acerqué decidido a él, le ofrecí mi mano derecha y, muy serio, le dije: Muchas gracias, señor. Me miró a los ojos en silencio mientras estrechaba mi mano con energía y, sonriendo, me dijo: Ya veo que te gusta la música y que reconoces en ella algo de tí mismo. Pero ten cuidado con ella. Quedó pensativo y mirándome a la cara, añadió: Mata. La música, como la belleza, mata. Y me dio un golpe en la mejilla.

10. Corregir al que yerra

Aquel día nos habían dejado dormir hasta tarde y terminamos de desayunar a las once y media de la mañana. Mi madre había preparado todo lo que más nos gustaba a cada uno de nosotros: el zumo de naranja, el chocolate, las tostadas con mantequilla, los sesos rebozados (mi madre decía que los adolescentes debían comer muchos sesos, porque contenían sustancias necesarias para el desarrollo del cerebro y, por lo tanto, también, de la inteligencia, y que acabarían gustándonos), la naranja cortada con azúcar, las ensaimadas, los

croissants.

La mesa estaba puesta en la galería y el sol, que caía casi vertical sobre el mantel, parecía iluminar el humo de las tazas de chocolate, lustrar las frutas y transformar la superficie de la mesa en una lámpara incandescente. Manuel fue el último en sentarse. Llegó como si todavía estuviera durmiendo, bostezando, frotándose los ojos con los puños cerrados y mascullando palabras ininteligibles. Todos sabíamos que cuando Manuel se levantaba en aquel estado era mejor no dirigirle la palabra, porque siempre contestaba con monosílabos y cogía unos berrinches tremendos que acababan por hacerle llorar.

Era el primer día de vacaciones. Catorce de abril, lunes de Semana Santa. ¿Tendríamos toda la semana las delicias que habíamos tenido el lunes? ¿Sería cada día como había sido hoy? La sola idea nos sobrecogía de alegría; de gusto, también. La perspectiva de las vacaciones, aunque fueran cortas, nos llenaba de una profunda satisfacción. Todos nos sentíamos, cada cual a su manera y según su imaginación, el rey de la casa. El centro de la más absoluta atención. El origen de todo, con la posibilidad de serlo todo.

Sentía cuánto me querían; sentía que todas las atenciones del mundo iban dirigidas a mí, a nosotros, a los tres hermanos. Pensaba que aquellas reprimendas que nos dolían tanto, aquellas regañinas que yo tomaba por crueles humillaciones, las objeciones que nuestros padres ponían a nuestras decisiones y a nuestras actividades y los castigos que de vez en cuando nos imponían, pensaba que todo ello era consecuencia de aquel amor y de aquella dedicación y que en un día como aquél podía sentir con una evidencia y una claridad indiscutibles.

Permanecimos mucho tiempo sentados a la mesa. Rafael comió tres ensaimadas y dos

croissants.

Manuel, que todavía parecía dormido y que apenas abría los ojos, repitió naranja cortada con azúcar, y yo, chocolate. Poco a poco fuimos levantándonos. Manuel, que siempre era el último en todo, permaneció sentado, mirando por la ventana y haciendo figuritas de animales rarísimos con las migas de pan amasadas con los dedos. Parecía ensimismado; siempre le había costado mucho despertarse y debía de pensar que para qué tanta prisa el día en que empezábamos las vacaciones. Mi madre le dejó en paz y, cuando nos hubimos arreglado para salir con los amigos, él todavía permanecía sentado, con las figuritas de pan amasado dispuestas en fila india y más de la mitad de la naranja cortada con azúcar y aún por comer.

Adiós, Manuel, le dijimos, mientras Rafael y yo pasábamos junto a él en dirección a la puerta. Esperadme, nos gritó, como si acabara de despertarse de un sueño muy profundo. Bajó de la silla, fue corriendo a su habitación y en un par de segundos estaba con nosotros en el recibidor dispuesto a salir. Mamá vino a despedirnos, pero antes nos recordó que la comida sería a las dos y que posiblemente vendrían la tía Catalina y la abuela. A las dos, nos repitió.

Antes comíamos en casa; pero desde que Manuel entró en la escuela, y de eso hacía ya tres años, nos quedábamos a comer en el colegio. Comíamos los tres hermanos en mesas distintas. Yo, que era el mayor, cerca de la mesa del director, mientras mis hermanos lo hacían desperdigados por la sala del comedor. No era de extrañar que mi madre nos recordara que la comida era a las dos, puesto que nunca comíamos en casa, salvo los domingos.

Los amigos del vecindario nos reuníamos en un parque cerca de casa que tenía un estanque bastante grande, una pista de patinaje y un pequeño laberinto vegetal donde los pequeños jugaban al escondite. Cuando llegamos allí nuestros amigos ya estaban charlando, jugando, corriendo o subiéndose a los árboles, aunque en los últimos tiempos un policía municipal hacía bajar a los que intentaban subirse a ellos.

Gustavo, uno de mis amigos, que se acababa de sacar el carné de conducir, y llevaba el coche de su padre, nos invitó a dar un paseo. Unos decían que no sabía lo suficiente, que nos estrellaríamos, que todavía no tenía experiencia para conducir por la ciudad; otros, sin embargo, estaban entusiasmados con la proposición y dispuestos a pasear en coche. Los que tengáis miedo, no subáis.

Los demás nos vamos a dar una vuelta, dijo el automovilista. Me sumé al grupo y le pregunté al chofer si también podían ir mis hermanos; después de una mueca de disgusto que no duró una décima de segundo me contestó que bueno, que sí, pero rápido que nos vamos. Subimos todos al automóvil y arrancamos, íbamos un poco apretados, pero también eso formaba parte de la aventura.

El chico no era muy experto, todo hay que decirlo; pero tampoco lo hacía del todo mal. No había mucho tráfico, lo que facilitaba las maniobras y permitía al conductor cierto lucimiento. Como hacía buen tiempo y la temperatura era agradable, alguien sugirió que fuéramos a la playa, a unos cinco kilómetros de la ciudad; como nadie hizo objeción alguna, nos dirigimos allá.

El sol había llegado al mediodía y el mar estaba como un espejo, quieto y transparente. Bajamos del coche y sin mediar palabra corrimos hacia el agua. En la orilla, el mar se rizaba, evolucionaba en un suave ir y venir, el sol centelleaba en la crin de las pequeñas olas que se deshacían en la playa con un ligero murmullo. Manuel se había despabilado y corría hacia la orilla, veloz. Los pies se le enterraban en la arena, que dificultaba la carrera; sin embargo, en un santiamén estuvo junto al agua y se puso a jugar con ella.

Mientras yo corría hacia el mar, se me despegó la suela del zapato derecho, justo en la puntera, tal vez debido al esfuerzo por sacar el pie de entre aquellos miles de millones de granitos de piedra machacada. Tuve que aminorar el paso: no podía avanzar con aquella suela que penetraba en la arena y que me hacía trastrabillar. Debía andar con cuidado, levantando la pierna para que la suela despegada no arrastrara por el suelo y llenara el zapato de arena. Cuando llegué a la orilla los demás ya estaban descalzos.

Yo también me quité los zapatos y los calcetines; los que llevaban pantalones largos se los arremangaron, algunos se quitaron la camisa y otros se recogieron las mangas para jugar con el agua. Había algunos bañistas. Al principio envidié su audacia; sin embargo, una vez tuve los pies dentro del agua, sentí la tibia temperatura del mar y pensé en la alegría de un baño.

Todos nos quitamos la ropa —ni siquiera Manuel, que siempre ha sido muy timorato, se lo pensó dos veces—, la doblamos y la colocamos ordenadamente sobre los zapatos de cada uno para que no se llenara de arena y nos lanzamos al agua, sin más miramientos. Los montoncitos de ropa quedaron detrás de una pequeña duna y a cierta distancia de la orilla.

Por supuesto no llevábamos bañador, pero sí calzoncillos blancos o

slips

de color. El agua no estaba fría y podíamos soportar sin esfuerzo el frescor húmedo del mar. Sentía cómo se aceleraba la sangre, cómo corría vertiginosamente por mi cuerpo produciéndome un extraño placer, no exento de cierta inquietud. Tal vez fuera esa inquietud la que nos hacía dar saltos en el agua, echárnosla a la cara o tirarnos puñados de arena mojada que salpicaban nuestro cuerpo de granitos que se disolvían.

Fuimos saliendo del mar. El frío y la humedad empezaban a calar en el cuerpo y, mientras unos se tumbaron en la arena, otros pasearon por la playa secándose al sol. Alguien propuso tomar una cerveza, pero había que volver a la ciudad, porque se hacía tarde.

Fuimos hacia el lugar donde habíamos dejado la ropa y empezamos a vestirnos. Pero Manuel no encontraba la suya. La había dejado junto a la de Rafael, pero en su lugar no había nada. Buscamos por entre la ropa de los demás, pero en vano. Se lo habían robado todo. Fuimos vistiéndonos y entre Rafael y yo tapamos a nuestro hermano con alguna de nuestras prendas. Rafael le prestó la camiseta y los calcetines, yo le ofrecí mis zapatos que, al ver la suela despegada, rechazó con un gesto malhumorado. Mis pantalones le iban muy grandes y le eché en los hombros el jersey de lana.

Parecíamos un ejército en franca retirada, diezmado por el enemigo y por la adversidad de los elementos, dispuesto a claudicar y a entregar la ciudad que no habíamos sabido defender. Subimos al coche y Gustavo arrancó. Miré la hora, eran las tres de la tarde y el sol seguía irradiando aquella luz transparente y cálida que había iluminado el mantel de la mesa del desayuno y el humo del chocolate. Entonces caí en la cuenta de que mi madre nos había dicho que a las dos estuviéramos en casa porque irían a comer la abuela y la tía Catalina.

Miré a Manuel con los

slips

azules todavía húmedos, sin zapatos, sin pantalones, con la camisa de Rafael mojada por la humedad de los

slips

, la cabeza, las piernas y las orejas llenas de arena. Me miré el zapato con la suela despegada: parecía una boca abierta y, cuando movía el pie, era como una prominente mandíbula que mascullara improperios.

Después de atravesar la ciudad, Gustavo nos dejó en el parque y desde allí fuimos andando hasta casa. La gente que se cruzaba con nosotros nos miraba

sorprendida: si el aspecto de cada uno era grotesco, el conjunto de los tres debía de ser sobrecogedor.

En el balcón estaban mamá, la abuela y la tía Catalina: eran las cuatro menos cuarto de la tarde. Cuando nos vieron, las tres mujeres comenzaron a hacer aspavientos, a llevarse las manos a la cabeza, a gritar en voz alta y a comentar entre ellas qué habría podido pasarnos. Parecían nerviosísimas.

Al entrar en el portal nos esperaba nuestro padre. Sin mediar palabra me pegó un bofetón en la mejilla derecha que me tiró las gafas al suelo, aunque no se rompieron los cristales. Tomó a Manuel por la muñeca y, zarandeándole, le preguntó, rugiendo ¿y tú, sinvergüenza, de dónde vienes con esta pinta? Manuel le miraba confuso, con los ojos muy abiertos y a punto de llorar. Rafael, mientras tanto, se había escabullido y subía la escalera a toda prisa sujetándose los pantalones.

Andando, que ya os arreglaré cuando lleguéis arriba, nos dijo nuestro padre. Manuel con los

slips

azules y las piernas llenas de arena subía corriendo delante de mí, perdiendo el culo; al llegar al primer rellano desapareció, como llevado por el diablo.

Yo no podía correr. Me lo impedía la suela despegada del zapato que tropezaba con el borde de cada escalón y evitaba que pudiera avanzar con la rapidez necesaria para librarme de los golpes que mi padre iba propinándome en todo el cuerpo.

Entré en el recibidor y, entre los gritos de mi padre, vi, al fondo del pasillo, la mesa del desayuno, y recordé cómo la había iluminado el sol por la mañana y cómo me había parecido una lámpara incandescente y llena de luz.

11. Consolar al triste

El cuarto de las ratas era una habitación cuadrada que estaba al fondo del pasillo, después de la galería y un poco apartada del recorrido habitual de la casa, entre la cocina y el lavadero. Era un cuarto bastante oscuro, ya que la claridad del día apenas entraba por un estrecho tragaluz horizontal que daba a un patio interior. Se entraba por una pequeña puerta de madera oscura con una ventana de hoja abatible sobre el dintel, que permanecía siempre abierta para airear la estancia y por la que también penetraba un poco de la luz del pasillo.

El cuarto de las ratas era, simplemente, la despensa; sin embargo tenía unas proporciones superiores a las que por regla general tienen estas dependencias. Allí se guardaban sacos de patatas, latas de aceite, tarros de aceitunas y otras conservas, garbanzos y lentejas, melones de invierno, que colgaban del techo, embutidos, botas de vino tinto, quesos de cabra...

Todos los hermanos sentíamos prevención hacia aquel cuarto y siempre procurábamos ir acompañados por alguien cuando nos pedían que fuéramos allí a buscar algo; en algunas ocasiones, pocas, para probar nuestra audacia y nuestra valentía, dábamos unos pasos por la habitación a oscuras y salíamos corriendo de ella, aterrorizados por lo que nuestros ojos habían percibido en la penumbra. Además de ser el cuarto más apartado de la casa, era también el más oscuro, el más silencioso y, para nuestra imaginación, el más caótico o, al menos, en el que era más difícil de comprender cuál era el orden que regía en aquel caos de sombra.

Era también el lugar en el que nos encerraban cuando habíamos hecho alguna travesura grave o cometido una falta que había que castigar con severidad. Me habían encerrado ya en dos ocasiones en el cuarto de las ratas; no recuerdo la razón, aunque es sabido que los castigos que se infligen a los niños son siempre arbitrarios y desproporcionados.

Fui castigado por tercera vez al cuarto de las ratas y, aunque ha pasado mucho tiempo, sí recuerdo por qué me encerraron allí en esa ocasión: había robado al abuelo un billete de cien pesetas, de su mesita de noche.

Siempre me había gustado, sobre todo cuando no había nadie en casa, abrir los cajones de armarios, roperos, cómodas y escritorios y buscar en ellos, encontrar vestigios y establecer analogías. Sólo lo hacía cuando me quedaba

solo en casa y tenía la absoluta seguridad de que nadie me importunaría en aquella exploración secreta e inconfesable. En mis pesquisas encontraba fotos de cuando yo era pequeño o de cuando mis padres eran novios, el anillo del bautizo, retratos antiguos, recordatorios, amuletos, mil cosas que me parecían mágicas porque ocupaban lugares mentales, como de otro orden y de otro nivel distinto al de la realidad. A veces cambiaba de lugar alguno de aquellos pequeños tesoros para averiguar si alguien más que yo conocía su existencia. En muchas ocasiones permanecían en el mismo lugar que los había dejado; entonces, aquellos objetos adquirían un significado oscuro y un aura enigmática y establecía con ellos una relación de complicidad que me proporcionaba una gran satisfacción. Eran como presencias de otra realidad. Como seres mágicos cargados de reminiscencia.

Un día en que estaba solo en casa aproveché para satisfacer aquella íntima curiosidad. Entré en el cuarto del abuelo, abrí el ropero y los dos cajones de la parte inferior del mueble; en uno de ellos había pañuelos y en el otro, calcetines: nada particular. Todo lo que había olía a detergente y estaba desprovisto de cualquier poder evocador. Cosas encerradas en sí mismas, incapaces de mostrar lo que realmente eran.

Cerré el armario decepcionado y reparé en la mesilla de noche. Era alta, de caoba muy oscura, con una minúscula repisa adornada con pequeñas flores modernistas en la que se mezclaban los objetos más dispares: un reloj despertador, un termómetro, un calendario, una novela, un pequeño bloc de notas, una dentadura postiza en una taza con agua... Abrí el cajón superior y un aroma infinitesimal salió de su interior, un olor húmedo, como muy antiguo, de azafrán y linimento, mezclado con otro olor indescifrable, de fruta en descomposición, agrio, dulzón y penetrante. Me gustó aquel olor, que parecía familiar y próximo y a la vez exótico y lejano.

Había una cajita lacada en negro, un paquete de pastillas para la tos, una lupa, un lazo de satén negro... Abrí la cajita de laca y en su interior encontré una agenda de 1941, un recordatorio, un joyero que guardaba tres tiras como de piel seca, en forma de tirabuzón, cada una de las cuales llevaba colgada de un cordel de cáñamo una pequeña etiqueta con un nombre; leí: Juan, Jaime, Rafael. Eran los nombres de mi padre y de sus hermanos. Cogí con meticulosidad el que llevaba el nombre de mi padre y lo miré al trasluz, pero no pude identificar aquél extraño tubérculo o aquella raíz seca. Era igual a los que llevaban los nombres de Jaime y de Rafael: trozos de piel arrugada y oscura, reseca por el tiempo. Los guardé en el estuche y cerré la tapa.

(Después supe que eran los cordones umbilicales de mi padre y sus hermanos.) Abrí la agenda. Era del tío Rafael, que había muerto de una extraña enfermedad en 1942. Era su dietario, escrito con pluma estilográfica y con una letra muy pequeña, leí: «Día 28 de agosto. Hoy el dolor mengua, sin embargo he pasado una mala noche. Parecía que nunca llegaría a amanecer...». Cuando estaba leyendo, de la agenda cayó un billete de cien pesetas que, sin darme cuenta, guardé en mi bolsillo. Oí que abrían la puerta de la entrada, cerré el cajón y salí al pasillo. Era mi madre.

Al mediodía nos disponíamos a comer, pero tuvimos que aguardar al abuelo, que se demoraba en su habitación. Llegó al cabo de unos minutos y dijo que empezaba a chochar, que había puesto cien pesetas en la agenda para pagar la mensualidad del Casino, del que era socio numerario, y que no las encontraba.

Ya estaban todos a la mesa cuando, al ir a sentarme yo, se me cayeron las cien pesetas del bolsillo, en el mismo momento en que mi padre se agachaba para recoger la servilleta que también se le había caído. ¿Son éstas?, preguntó al abuelo, mientras levantaba la mano que sujetaba el billete. Es posible que sean éstas, respondió el abuelo tras examinar con atención el billete que pendía de la mano de mi padre. ¿Cómo han llegado hasta aquí?, preguntó el abuelo. Que nos lo explique tu nieto, dijo mi padre mirándome con ira.

Una oscura vergüenza se apoderó de mí. No tuve tiempo de sonrojarme porque mi padre me propinó una tremenda bofetada que me dejó marcados en el rostro los cuatro dedos de la mano. Mis hermanos se habían escondido debajo de la mesa y mi madre se había levantado con el pretexto de llevar algo a la cocina, aunque todavía no habíamos empezado a comer. Levántate, me dijo mi padre y cogiéndome por una oreja, me llevó en volandas hasta el cuarto de las ratas. Con un empujón me obligó a entrar, cerró con llave y oí cómo atravesaba el pasillo a grandes zancadas.

Una vez hubo cesado el ruido de sus pasos, un ominoso silencio se cernió sobre el cuarto de las ratas. El interruptor de la luz estaba en el pasillo, junto al dintel de la puerta, pero no me importó en absoluto la oscuridad. Fui acostumbrando mi vista a la sombra. No había comido, pero tampoco me importaba, no tenía hambre; además estaba rodeado de comida por todas partes.

Me acomodé sobre un saco de patatas, adaptándolo a la posición de mi cuerpo. No pensaba en nada, aunque un lejano remordimiento me hacía sentir una penosa desazón. Lamentaba lo que había ocurrido por el abuelo y me

avergonzaba por mi padre. No es que me sintiera culpable; había cogido aquellas cien pesetas como habría podido coger una caja de cerillas o una manzana del frutero. Lo que me inquietaba era que descubrieran aquella costumbre mía de revolver, buscar y mirar por todos los cajones de la casa. Me sentí culpable de algo por lo que hasta aquel momento no me había preocupado. Era como si hubiera entrado en la vida de los otros, averiguado cosas que ellos mismos no sabían o que guardaban secretamente en algún lugar de su memoria.

Pasaron un par de horas, o tres; yo seguía sumergido en el silencio y la oscuridad se había instalado a mi alrededor. Sin embargo me encontraba bien y no sentía necesidad de nada. Pensaba en el abuelo y en lo que había encontrado en su mesita de noche, en el olor que desprendía su vejez y la sabiduría que había en su porte. Pensaba en mi madre, y en sus ojos que siempre miraban tan bien, incluso cuando se enfadaba. Pensaba en mi padre y en la generosa severidad en que había procurado educarnos siempre. Imaginaba qué estarían haciendo, en aquellos momentos, por la casa, mis hermanos y qué pensarían de todo lo sucedido. Imaginaba la distribución de las habitaciones y el lugar que ocupaba yo, como si todo lo viera desde una perspectiva aérea. Aquel silencio y aquella oscuridad me resultaban confortables, me permitían pensar, analizar y recordar e imaginarme cosas que raramente hubiera imaginado en otro lugar: sentía allí dentro, en el cuarto de las ratas, algo semejante a lo que sentía cuando revolvía entre los cajones de las cómodas.

Oí de pronto pasos en el pasillo. Por la tos reconocí al abuelo que avanzaba hacia la despensa y con los nudillos daba unos golpecitos en la puerta. ¿Miguel, estás bien? Era en efecto el abuelo, y volvió a preguntar: ¿Estás bien? Dio la vuelta a la llave, abrió la puerta sin encender la luz y, alumbrándose con la que entraba del pasillo, se acercó a mí y me besó en la frente. Tu padre es un exagerado. ¿A quién se le ocurre pensar que me has quitado el dinero? Si lo necesitabas, has hecho muy bien en cogerlo. Todo lo que hay en esta casa es de los que viven en ella. Tu padre es un exagerado. Toma. Me puso el billete de cien pesetas en la mano y me obligó con fuerza a cerrarla, con el billete dentro. Se me quedó mirando y, sin darme la espalda, cerró la puerta con sigilo, dio una vuelta a la llave y le oí avanzar lentamente por el pasillo, camino del comedor. Yo me quedé pensando en sus secretos, en los amuletos que guardaba, recónditos, en la cajita negra: el recordatorio, la agenda del tío Rafael, los cordones umbilicales de sus hijos, y en que uno

de ellos había pertenecido a mi padre.

12. Perdonar las injurias

Mi tía hacía la cola para pagar la contribución urbana. Tiene una casa muy hermosa, en el Paseo del Poniente, que heredó de su padre. Vive allí desde siempre; cuando se casó, pasó a ocupar el segundo piso del edificio, que goza de cierta independencia con respecto al resto de la casa. Cuando nacieron los hijos, la familia fue ocupando las habitaciones del primer piso y llegaron a ser tantos que se apropiaron de toda la mansión. Ahora que es viuda y que los hijos viven unos en otra ciudad y otros tienen sus propios domicilios, sigue viviendo sola en aquella casa inmensa. Es la casa donde nació y donde ha vivido siempre.

No vive sola, tiene a su servicio una persona que se ocupa de lo más molesto. No vive sola, pero lo parece. No da cuentas de nada a nadie y hace siempre lo que a ella le parece. Tampoco consulta nada con nadie, de tal modo que de vez en cuando nos llevamos unas sorpresas tremendas, que inquietan a mis padres. Cuando, las navidades pasadas, fuimos a felicitarla, observamos una extraña transformación en el salón que da al paseo. Una transformación que afectaba al conjunto de la estancia pues, como nos contó después, había vendido el cuadro de

El descubrimiento de América

de un pintor discípulo de Madrazo, que medía cuatro metros de largo y ocupaba casi toda la pared lateral del salón, porque era demasiado grande y además, y sobre todo, porque se había cansado de aquel tema tan insulso y anticuado.

Creo que procura adecuar la vivienda a sus necesidades y, como son bien pocas, va renunciando a casi todo lo que entorpece sus movimientos y que suponga un esfuerzo mantener con la pulcritud y el orden con que a ella le gusta conservarlo todo. La persona que tiene a su servicio puede encargarse de todo ello, pero ya he dicho que mi tía se comporta como si viviera sola y no pudiera contar con la ayuda de nadie. Así pues, cada vez que vamos a visitarla salimos con el corazón en un puño porque siempre hay algo de lo que se ha desprendido, que ha cambiado de lugar o escondido en el desván.

No tiene manías. Y parece que tampoco tiene memoria. Siempre ha hecho lo que ha querido y nadie ha podido discutirle nunca nada. Incluso su padre, que tenía un carácter muy fuerte, la temía y ella sabía persuadir a sus

hermanos para que hicieran lo que a ella le viniera en gana. No es que fuera egoísta, ni de mal corazón, pero, como dice Rosalía, siempre ha sido una excéntrica. Atributo que con la edad parece habersele agudizado, a pesar de que yo haya oído contar anécdotas que ponen de manifiesto que siempre ha sido así.

Ahora hacía cola para pagar la recaudación de la contribución urbana de su domicilio. Hubiera podido mandar a alguien en su lugar pero por lo que he dicho se comprenderá que ésta era otra de sus excentricidades. Frente a la ventanilla del recaudador había una cola que llegaba hasta la puerta. Ya saben los contribuyentes cuán lenta es la administración en nuestro país y cuán tranquilos son los funcionarios. De modo que mi tía, a los setenta años cumplidos, hacía cola, descansando unas veces sobre una pierna y otras veces sobre la otra y el bastón.

Debía de llevar más de treinta y cinco minutos aguardando cuando la señora que iba delante se volvió y le hizo un comentario sobre la paciencia que había que tener y la poca consideración con la que atendían a la gente. Mi tía debió de contestarle corroborando sus apreciaciones. Las dos mujeres se enzarzaron en una conversación en la que inmediatamente se pusieron a comentar sus cosas y a preguntarse por sus vidas: los hijos, los nietos, lo cambiadas que estaban las cosas, que ahora se vivía mejor y que la gente parecía más contenta. En fin, conversaciones que permiten distanciarse de lo que se está haciendo; como en la sala de espera del dentista o cuando el tren se detiene demasiado tiempo entre dos estaciones.

En un momento determinado, mientras hablaba la señora, mi tía, como transfigurándose y cambiando de actitud, la miró detenidamente, y le preguntó unos segundos después: Usted y yo ¿no nos habíamos visto antes?, a lo que la señora, mirándola fijamente, le respondió: No. Yo nunca la había visto antes. Al menos no lo recuerdo. Frente a negativa tan rotunda mi tía no insistió; sin embargo, mientras seguían charlando, sin tener exacta conciencia de ello, mi tía intentaba relacionar aquel rostro con algún acontecimiento de su existencia. Tal vez en alguna ocasión se sentara frente a mí en el autobús y su rostro se me quedara grabado en algún rincón de la memoria, pensó.

La cola frente a la ventanilla avanzaba con exasperante lentitud. Cuando la conversación entre las dos mujeres pareció languidecer y cada una de ellas volvía a su postura expectante, mi tía preguntó a la señora: ¿Es usted de aquí? Ahora vivo aquí con mi hijo. Le contestó. Pero he vivido siempre en X. Como estoy sola, he tenido que dejar mi casa y venir a vivir con mi hijo. Pero

esta ciudad no me gusta nada. Pues no es fea. Hay buenas tiendas, está limpia, se puede pasear. Es tranquila. Tal como están hoy las cosas... No me gusta. Ni me ha gustado nunca. Ya me molestaba de niña tener que venir aquí. El día antes de partir no podía dormir sólo con pensar en tener que venir aquí.

Mi tía, ante la vehemencia de la señora, la dejó hablar. Era como si tuviera una perentoria necesidad de hacerlo. Como si, hablando del disgusto que suponía para ella vivir en esa ciudad, aliviara un pesar, algún recuerdo. Siempre he odiado esta ciudad y sus habitantes. Siempre recordaré, y no podré olvidar, el suplicio que era para mí cuando, de niña, mi padre me traía al médico, de compras o de paso a otro lugar. Piense usted que yo debía de tener cinco o seis años, pero el recuerdo permanece. Mi tía no se atrevía a preguntar nada. Seguía atenta al soliloquio de aquella mujer que iba excitándose a medida que iba narrando sus recuerdos de niñez.

Venía cuatro o cinco veces al año con mi padre. Él debía de pensar que me gustaba acompañarle, pero, la verdad, para mí era un suplicio. Después de hacer las compras o de la visita al médico, íbamos a saludar a unos parientes lejanos. Vivían en una casa muy grande y a veces nos quedábamos a dormir. Entonces, podía pasarme lo peor. Estos parientes tenían una hija unos meses mayor que yo, que era mala como el demonio. Cuando nos dejaban a solas, si tocaba sus cosas, me pellizcaba y me tiraba de las trenzas, me arañaba las piernas y, si intentaba defenderme, rompía a llorar con estrépito y entonces mi padre me regañaba a mí delante de todos. Me trataba como si fuera una imbécil. Se reía de cómo iba vestida, me insultaba y se burlaba de mí. Nunca he vuelto a encontrar una imagen más perfecta de la maldad y la perversión. Era tan grande la humillación que yo sentía que, cuando volvía a casa, me acostaba y lloraba hasta que me quedaba dormida. Al día siguiente prometía no volver nunca a la ciudad. Pero no sabía de qué modo decírselo a mis padres, y al cabo de unos meses volvía a aquella casa y la bruja de la niña parecía que estuviera esperándome para darme tormento.

Mi tía estaba atónita y se compadecía de aquella pobre niña sometida a los desmanes de tan desalmada criatura. Es que la niñez es muy cruel, se atrevió a decir mi tía. Aquello fue peor que la crueldad, le respondió la señora. Había en aquella casa, en una sala, un cuadro muy grande, con un hombre arrodillado y una bandera y una espada en cada mano. Detrás de él, había una multitud, lo recordaré siempre, de gentes como salvajes, feas y con las caras pintadas. A mí me decía que yo era de la misma raza que aquellos bestias del

cuadro y que me hacía un favor recibíendome en su casa porque yo era bruta, sucia y fea. Es tal la rabia que todavía conservo que no paso nunca delante de esa casa, que está en el Paseo del Poniente. Y le aseguro que, si hoy reconociera a aquella niña, le haría pagar todas las humillaciones a las que entonces me sometió. Lo siento, no sé por qué le cuento estas cosas, que nunca había contado a nadie.

Las dos mujeres, absortas en la conversación, no se habían dado cuenta de que, a la señora, ya le tocaba su turno en la ventanilla de la recaudación. Mi tía se lo indicó con un gesto y la señora, avanzando unos pasos, se acercó al mostrador. Una vez atendida se volvió hacia mi tía. Ha sido un placer conocerla, le dijo, la espera ha sido más agradable con su conversación. Y se alejó lentamente hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió y su mirada se cruzó con la de mi tía, quién la observaba intensamente desde su puesto ante la ventanilla de la recaudación de la contribución urbana.

13. Sufrir con paciencia las flaquezas y molestias del prójimo

El balcón estaba abierto y entraba a raudales el sol. Un aire fresco penetraba en la estancia y movía las cortinas de hilo blanco que, colgadas por anillas de latón, se plegaban a los lados, recogidas por una banda. La luz del sol se entretenía entre las hebras de hilo que teñían el aposento del color del marfil y le ofrecían una atmósfera de plácido confort.

Casi todas las mañanas el abuelo se sentaba en su sillón, junto al balcón, y leía el periódico o releía las novelas de Somerset Maugham y Zane Grey, que tanto le gustaban. Detrás de las cortinas, si el sol era demasiado intenso, solía escribir su dietario, que había empezado a los treinta y tres años y redactaba con imprevisible periodicidad.

Era habitual la figura del abuelo, sentado en su sillón, detrás de las cortinas: una sombra marrón que recortaba su perfil sobre la claridad del balcón, unas veces moviéndose con indolencia y otras, permaneciendo inmóvil y ensimismado, mirando a la calle. Aquel lugar era su lugar preferido. Allí contestaba la correspondencia, llevaba sus cuentas y se distraía observando a la gente pasear. El abuelo tenía, junto a su sillón, una pequeña mesita auxiliar de caoba oscura sobre la que se disponían desordenadamente cuadernos, libros, facturas, lápices, plumas. Y alguna onza de chocolate.

En aquella habitación había un canterano de grandes dimensiones que cuando se abría servía de escritorio y mostraba una multitud de cajoncitos donde podían perderse toda clase de objetos. A mis hermanos y a mí nos gustaba, encaramados a una silla, escribir o jugar sobre aquel mueble, que cuando estaba cerrado parecía una inmensa pianola y cuando se abría mostraba sus secretos a nuestros ojos escrutadores. En ese mueble, nuestro abuelo nos enseñó a leer las horas en las agujas del reloj y nos mostró el funcionamiento de un calendario que servía para mil quinientos años.

Aquella mañana yo estaba haciendo los ejercicios de aritmética sobre la tapa abierta del canterano, mientras el abuelo leía el periódico, cerca de mí, en su lugar habitual. Sentado en su sillón, con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, leía y pasaba las páginas del periódico desplegado. De vez en cuando doblaba las hojas, se ponía las gafas sobre la frente, se acercaba al papel y leía con atención la letra impresa. Estábamos los dos, callados; inmersos y abstraídos en unos quehaceres que permitían sustraernos a lo que

sucedía a nuestro alrededor. Todo estaba en silencio; apenas se oía el bisbiseo ensimismado del abuelo y el aire fresco que penetraba en la estancia.

Mi madre entró en el cuarto tarareando una canción y, al vernos ocupados en nuestros asuntos, bajó la voz, aminoró el paso, se dirigió al balcón y penetró en el haz de luz que iluminaba la estancia. Al oír su voz y el ruido de sus pasos, levanté la vista y la miré. Vestía con elegancia y estaba peinada con esmero. Dejé los ejercicios, bajé de la silla y salí al balcón, detrás de ella.

Mi madre abrió un frasco de color rojo escarlata y con un diminuto pincel empezó a colorearse las uñas. Con atención y parsimonia fue cubriéndolas con un líquido brillante, denso y encarnado como una granada. Nunca me había dado cuenta de que mi madre utilizara esos recursos tan sutiles y eficaces de embellecimiento. El esmalte granate hacía resaltar la blancura de sus manos y le daba una elegancia, mundana y artificial, llena de gracia. Una vez terminada la operación cerró el frasco y puso sus manos sobre la barandilla para que se le secaran al sol. Movía los dedos como si tocara el piano, mientras tarareaba la canción que había interrumpido cuando entró en la estancia. Una vez secas las uñas, dobló las manos hacia dentro, juntó los dedos y sopló sobre ellos. Extendió los brazos y observó detenidamente sus manos, entornando los ojos. Me dio un beso, me dijo adiós, y entró.

Quedé mirando la calle, entré en la habitación y volví a mis ejercicios de aritmética. A los pocos minutos oí un leve ronquido y miré hacia el abuelo que, como en tantas otras ocasiones, se había quedado dormido con el periódico en el regazo. Seguí trabajando en mis ejercicios y cuando hube terminado, cerré el cuaderno, y lo abrí por la primera página: me gustaba observar las hojas llenas de números y comprobar cómo los ejercicios se hacían progresivamente más difíciles y complicados y cómo todos ellos parecían ser un solo ejercicio que evolucionara hacia el infinito.

Bajé de la silla y, cuando me iba hacia mi cuarto, reparé en el frasco de esmalte que mi madre había dejado sobre la mesita del abuelo, que seguía durmiendo. Me acerqué sigilosamente hacia él y lo observé. Tenía la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, con el mentón sobre el pecho, moviéndose lenta y acompasadamente; respiraba profundo y su nariz emitía un ruido como el que hacen las piedras en la playa, cuando las olas en su reflujo, las arrastran. Su figura era como la de quien depones su voluntad, su identidad y su fuerza y se muestra tal como es frente a la verdad, con su cuerpo como único argumento. Aquella imagen me ofreció una profunda y clara idea de la eterna evolución del tiempo y de la vida. De la impotencia de la voluntad y

del gradual y lento deterioro del organismo de los hombres y de los seres vivos.

Sus manos largas y huesudas reposaban sobre el periódico, inmóviles e indolentes. Tenían manchas oscuras en la piel y una infinidad de pequeñas arrugas se plegaban en múltiples rugosidades. Las uñas estaban atravesadas por estrías verticales que recorrían su superficie de abajo arriba. Qué distintas sus manos de las de mi madre, pensé. Tan tersas y vigorosas, las de ella; tan decrepitas y dolorosamente inhábiles, las del abuelo; piadosas y tranquilas en sus movimientos. No le iría mal un poco de granate, a estas manos viejas y deterioradas, pensé.

Tomé el frasco del esmalte, me arrodillé junto al sillón, y tal y como había visto que lo hacía mi madre, fui aplicando aquel líquido untuoso y transparente sobre las uñas de sus dos manos. Procuré cubrirlas con la misma precisión que lo había hecho mi madre, pero el abuelo movió un poco las manos y el esmalte se escurrió y el pincel coloreó las falangetas de algunos dedos. Sin embargo estaba orgulloso de mi labor y satisfecho de la decisión. Terminada la operación, cerré el frasco, lo dejé sobre la mesita y me fui a mi habitación. El abuelo seguía durmiendo en la misma posición.

A la hora de comer salí de mi cuarto y fui al comedor. Al llegar allí, mi madre, me dijo: Ve a buscar al abuelo, que vamos a comer. Fui a la estancia y el abuelo seguía dormido tal y como yo le había dejado, media hora antes. Le di unas palmaditas en el hombro, se despertó, me cogió de la mano derecha y atravesando el pasillo, llegamos al comedor cuando todos estaban dispuestos para comer. El abuelo se sentó en la cabecera y yo a su derecha.

Sirvieron la mesa y el abuelo tomó la servilleta, la desplegó con parsimonia, y al levantar sus manos para ponerla sobre el regazo, el bermellón de sus uñas resaltaba ostensiblemente sobre el blanco almidonado. No sé qué debía pensar mi madre, pero se quedó con la sopera suspendida en el aire. Sin mediar palabra, miró a mi padre y, moviendo los ojos y enarcando las cejas, le hizo un gesto para que mirara en dirección al abuelo, justo en el momento en que éste levantaba la mano para llevarse la cuchara a la boca.

Todos se dieron cuenta de que el abuelo llevaba las uñas pintadas. Mis hermanos se taparon la boca con las manos para ocultar su risa. Mi padre no debía dar crédito a sus ojos: daba cortas y continuas cabezaditas de derecha a izquierda y hacía chasquear la lengua contra el paladar, emitiendo un sonido que parecía delatar su contrariedad. Está chocheando, debía pensar, está chocheando. Mi madre daba profundos suspiros de preocupación. Yo no

podía levantar los ojos de mi plato. El abuelo, sin embargo, no parecía darse cuenta de nada; seguía tomándose la sopa tranquilamente, haciendo navegar los trocitos de pan que flotaban en el caldo.

Después de un leve carraspeo, mi padre se dirigió al abuelo y le dijo: Qué uñas tan elegantes, papá. Parece que estemos en carnaval. ¿Es carmín, o esmalte para las uñas? Esmalte para las uñas, contestó el abuelo. Del frasco de tu mujer. Me gusta. Esta mañana he visto cómo lo hacía, y me gusta. Me gusta, repitió, y extendiendo el brazo derecho se contempló las uñas. A ti también te iría bien un poco de color. Es muy fácil de aplicar, afirmó distraído, mientras se terminaba la sopa y se secaba con la servilleta, los labios.

14. Rogar a Dios por los vivos y por los muertos

Mi amigo Octavio había tenido a su madre muy enferma. La habían operado de un tumor maligno y la intervención había sido satisfactoria. Después la sometieron a sesiones de radioterapia que, al parecer, habían dado buenos resultados. Tras varias semanas de convalecencia en el hospital le habían dado el alta, aunque los médicos le habían recomendado que volviera al cabo de unas semanas.

Cuando aún estaba en el hospital, la madre de Octavio le había dicho que lo primero que haría al salir de allí, sería visitar la tumba de su padre, muerto unos años antes, para rezar por su alma y dar gracias a Dios por la feliz resolución de su operación.

Octavio me había comentado la decisión de su madre y me había pedido que, si podía, les acompañara en mi coche al cementerio el día en que su madre saliera del hospital. Estaba todavía muy delicada y pensó que, con mi ayuda, él podría atenderla mejor. A Octavio le incomodaba todo aquello y me confesó que prefería compartirlo con un buen amigo. Por supuesto, le contesté, cuando tu madre esté dispuesta, me llamas y con gusto os acompaño.

Un par de semanas más tarde fui a recogerles al hospital. Un médico y dos enfermeras salieron a despedirles. La madre de Octavio mostraba, en los rasgos de la cara y en la disposición general de su cuerpo la violencia de la intervención quirúrgica. Era el mes de noviembre y hacía un poco de frío. Llevaba un abrigo de lana que parecía de una talla mayor que la suya y un sombrero de terciopelo marrón. Nunca la había visto con una prenda como aquella y pensé que quizá la llevaba para disimular los efectos de la radioterapia. Llevaba medias muy finas y elegantes zapatos que parecían recién estrenados.

Las enfermeras la ayudaron a entrar en el coche. Aunque su aspecto era el de una convaleciente, admiré la buena disposición de su ánimo y la fortaleza de su voluntad. Se acomodó en el asiento delantero, que le resultaba más cómodo que el de atrás. Debían de ser las cuatro y media de la tarde y, pese a que hacía un poco de frío, el día había sido luminoso y el sol había ido templando la atmósfera. Octavio bajó un poco el cristal de la ventanilla del lado de su madre y un aire revitalizador entró en el coche. Conduje con

precaución. La madre de Octavio miraba con atención todo lo que iba ocurriendo a nuestro paso, como si hubiera estado mucho tiempo recluida y le asombrara el mundo. Después de atravesar la ciudad llegamos sin dificultad al cementerio.

Nos apeamos. La puerta del camposanto estaba abierta y daba a un amplio vestíbulo con bancos de obra adosados a las paredes. Una larga avenida, jalonada por panteones de todos los estilos imaginables, conducía a una plaza circular rodeada de mausoleos que alternaban con grupos de cipreses, mimosas y algún sauce llorón. Al fondo, la iglesia del cementerio, dedicada a un Cristo en la cruz al que los feligreses guardan mucha devoción y que en aquellos momentos estaba cerrada. A la derecha de la plaza, protegida por una cadena de bronce, estaba la tumba de la familia de Octavio, a la que se accedía por tres escalones. Era una superficie horizontal de mármol, como una gran lápida cuadrada, que sostenía, en el centro y sobre una base también de mármol, la estatua de un ángel que, con la mirada baja y el índice sobre los labios, nos instaba a guardar el silencio y la quietud de los muertos.

Avanzamos hacia la tumba; la madre de Octavio, que es creyente, se santiguó y, con cuidado, subió los tres escalones. Se quedó de pie ante el ángel, se recogió en sí misma, cruzó las manos por delante del abrigo, inclinó el rostro y cerró lentamente los ojos. Estuvo en esa posición, ahora lo recuerdo, bastante tiempo. Octavio y yo nos miramos —permanecíamos detrás de ella— temiendo que le hubiera dado algo. Conservó la misma postura unos minutos más, indiferente y absolutamente hierática. Después, levantó el rostro lentamente —todo lo hacía con mucha parsimonia—, miró el cielo, se santiguó y se volvió hacia Octavio como si acabara de despertar de un sueño muy profundo.

Octavio se acercó a ella solícito mientras su madre le indicaba, con un leve gesto de la mano derecha, que quería sentarse. El único lugar donde podía descansar era la base de la estatua, y mi amigo, atentamente, se lo indicó y la ayudó a acomodarse. Se sentó entre nosotros dos, manteniendo prieta la mano de Octavio entre las suyas.

No había nadie en el cementerio. La gente ya no visita los cementerios, pensé. Un vientecillo fresco movía los cipreses que se balanceaban ligeramente haciendo crujir un poco las ramas, exhalando un aroma áspero y fuerte. Los sauces parecían barrer el suelo con sus ramas desmayadas y las mimosas mostraban sus troncos desnudos como si nunca más les fueran a crecer las flores y las hojas. El sol caía lentamente detrás de la tapia, alta y

encalada, a la que en algunos tramos se adosaban cinco pisos de nichos, casi todos sellados con lápidas de mármol.

Sentados los tres a los pies del ángel, permanecimos callados. Ella estaba como traspuesta; miraba el cielo, mientras sus manos presionaban levemente la mano derecha de Octavio.

Doy gracias a Dios, dijo al cabo de un rato, doy gracias a Dios por permitirme venir aquí a orar por el alma de tu padre. Tuve mucho tiempo para pensar, en el hospital. Recordé los años que viví con él; nuestras ilusiones, nuestras aspiraciones, nuestra preocupación por ti cuando eras niño, la alegría que tú le dabas y sus proyectos para cuando fueras mayor. Era bueno, tu padre. Si le hubieras conocido cuando era joven. Era el más divertido de todos nuestros amigos, y cómo le gustaba bailar. Recordé tantas cosas estas semanas. Tantas. Su enfermedad, tan rápida, su resignación, su disposición para la muerte, tan ejemplares. Tan presentes se me hicieron la imagen y la figura de tu padre que no he podido dejar de venir a verle. Estoy reconfortada, me ha venido bien dar este paseo y tomar un poco de aire fresco después de tantas semanas de reclusión. Cuando queráis podemos ir a casa. Después de tanto tiempo, tengo ganas de volver.

Nos levantamos. El frío mármol sobre el que habíamos estado sentados y el viento fresco de la tarde nos estremeció. Yo tenía las manos un poco entumecidas y parecía que la punta de la nariz se me iba a helar. La madre de Octavio había casi desaparecido en ese abrigo que le había quedado grande. Atravesamos la plaza circular y tomamos la avenida central hacia la puerta.

Al pasar por delante de las sepulturas, la madre de Octavio levantaba la cabeza y hacía algún comentario sobre las fotografías de los allí enterrados. Nos detuvimos frente a un nicho donde yacía Otilia, una prima suya que había sido su mejor amiga en la juventud y que había muerto con veintiún años. La recordaba con tristeza y hablaba de ella y de sí misma, del peligro que había corrido y de la muerte, que había sentido tan cerca.

Paso a paso fuimos acercándonos a la salida mientras la oscuridad de la tarde se cernía imperceptiblemente sobre la superficie de las cosas; al llegar a la puerta, la claridad del día apenas se entretenía ya en el azul mortecino del cielo. Cerca ya del portal, me di cuenta de que estaba cerrado. Era un portal muy alto, de madera oscura, de dos hojas. Pensé que tendría un porticón y que podría abrirse por dentro. Pero el portal estaba cerrado, no había porticón y se nos echaba encima la noche.

¿Qué pasa?, preguntó la madre de Octavio. Que la puerta está cerrada,

mamá, le contestó. Vaya por Dios, respondió ella. Voy a ver, les dije yo. Debe de haber un guarda o un vigilante. Seguramente estará en las oficinas, dije, mientras señalaba una pequeña construcción arrimada a la tapia. No había nadie. Recorrí la avenida principal y entré en la plaza circular; el ángel de la tumba de la familia de Octavio había desaparecido en la oscuridad. Y no había nadie. Ni en las oficinas, ni en ningún otro lugar del camposanto. Cuando volví, los encontré sentados en el banco de obra del vestíbulo, junto al portal.

El cementerio está en un lugar aislado y, aunque se está edificando por los alrededores, sigue apartado del trajín y del ir y venir de los vivos por lo que, si gritábamos, era poco probable que pudieran oírnos. Pensé en la posibilidad de que hubiera un teléfono público en el recinto, pero tampoco lo había. Nada.

La madre de Octavio estaba tranquila, permanecía en el mismo estado de aquiescencia que cuando rezaba, y no parecía inquietarse por aquella grotesca situación. No os preocupéis, ya encontraremos un modo de salir, dijo, mientras seguía sentada en el banco, con las manos en los bolsillos del abrigo y con el sombrero de terciopelo marrón cayéndole sobre la frente. Seguro que encontraremos alguna puertecita por donde salir. Yo me quedaré sentada aquí, si no os importa. Y volvió a ensimismarse, arrebujándose en el abrigo y cerrando los ojos mientras movía levemente los labios.

Octavio y yo buscamos por todo el cementerio. No había salida. Pensé que era imposible. Aquella situación me parecía tan absurda que no podía dejar de sonreír aunque procuraba ocultárselo a Octavio. Había que encontrar alguna solución: aquella mujer no podía permanecer toda la noche a la intemperie, apenas recuperada de una delicada operación. Octavio empezaba a preocuparse seriamente, e iba perdiendo la serenidad.

Volvimos al lado de su madre, que seguía en la misma posición en que la habíamos dejado. Al oír que nos acercábamos, preguntó: ¿Habéis encontrado alguna salida? Todavía no, mamá, dijo Octavio, con un temblor en la voz. Pero ya la encontraremos. ¿Y la tapia? ¿Habéis visto si es posible saltar la tapia?, farfulló la madre de Octavio, con la boca casi enteramente tapada por el cuello del abrigo. Siempre se han podido saltar las tapias. Y recordé, como iluminado por un relámpago,

La devoción de la Cruz,

una comedia sacra de Calderón de la Barca en la que la protagonista salta una tapia altísima en busca de su amante, y la huída del convento de don Juan

Tenorio con doña Inés desmayada en sus brazos, tal como lo cuenta Brígida.

Arrimada a un muro de nichos vacíos dimos con una escalera de mano lo bastante alta como para poder introducir los ataúdes en los nichos superiores. La cogí y la apoyé contra la tapia del cementerio. Podemos probar, le dije a Octavio.

Me aseguré de afianzarla bien al muro y fuimos a buscar a su madre, quien ya se levantaba de su asiento. Cuando volvimos junto a la escalera, empecé a subir los primeros peldaños, mientras la madre de Octavio se cogía al travesaño con la mano derecha y yo le sostenía la izquierda, ayudándole a subir. Octavio iba detrás sujetándola por la cintura. En cada peldaño se detenía, daba un suspiro, y mientras yo la sujetaba con una mano, Octavio la sostenía. Dejádme descansar, hijos, decía, después de cada peldaño.

La ascensión fue muy lenta. Una bombilla mortecina que pendía solitaria del dintel de la puerta de la oficina iluminaba tenuemente nuestra maniobra. Al llegar arriba, la madre de Octavio se sentó con dificultad, en el pretil, con las piernas colgando hacia el interior del cementerio. Octavio terminó de subir la escalera y nos sentamos los tres sobre la tapia. El viento, allí arriba, era más fuerte y el frío penetraba por los ojales de los abrigos. Desde la tapia, el panorama era sobrecogedor: la bombilla de la oficina que pendía de un hilo se balanceaba con el viento e iluminaba tenuemente las tumbas cuyas cruces, estatuas y cresterías, parecían danzar en la penumbra.

Octavio y yo —su madre casi no podía moverse— le pasamos las piernas por encima del muro y lentamente fuimos volviendo su cuerpo hacia el exterior del cementerio. Tomé la escalera y la pasé al otro lado de la tapia y fuimos descendiendo por ella.

Al llegar al suelo, nos sacudimos la cal y el polvo. Octavio y yo, a pesar del frío, sudábamos considerablemente; creo que la madre de Octavio también. Nos dirigimos al coche y arranqué. Por fin en casa, exclamó la madre de Octavio, mientras se arreglaba el sombrero y lamentaba, con un mohín de desagrado y disgusto, que se le hubieran desgarrado las medias y que en la ascensión hubiera perdido un zapato, que había quedado al otro lado de la tapia. No temas mamá, cualquier día de éstos pasaré a recogerlo. Nadie se lo va a llevar.

Por lo que debemos hacer siempre lo que nos mande la conciencia y dejar que se peleen aquellos por un hueso, como los perros; los otros, por un juguete, como los niños; o éstos por mangonear, como los mayores; y no reñir con nadie, y tomar lo que Dios nos ponga por delante, como los pájaros.

BENITO PÉREZ GALDÓS,
Misericordia

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El vaso de plata*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com y en Facebook, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Antoni Marí (Ibiza, 1944) estudió Filosofía y Letras y actualmente es catedrático de Teoría del Arte en la Universidad Pompeu Fabra. Poeta, ensayista y narrador, es autor de una obra literaria, ampliamente traducida, extensa y galardonada que comparte una misma inquietud por las raíces de la creación artística, la experiencia estética y la interrogación metafísica. Como ensayista se ha centrado en el campo de la modernidad; fruto de esta labor son la antología del romanticismo alemán *El entusiasmo y la quietud* y los ensayos *Euforión: espíritu y naturaleza del genio* (1979), *La voluntad expresiva* (1988), *Formes de l'individualisme* (1994) y *La vida de los sentidos* (2004). Se dio a conocer como poeta con *El prelude* (1979), poemario al que han seguido otras obras como *Un viaje de invierno* (1989) y *El desierto* (1997). Como narrador ha publicado *El vaso de plata* (publicado en catalán en 1991 y en versión en castellano del autor en 1992), por el que obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona y el Crítica Serra d'Or, y las novelas *El camino de Vincennes* (1995) y *Entspringen* (2000).

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR
LIBROS DEL ASTEROIDE:

- 1 *En busca del barón Corvo*, A.J.A. Symons
- 2 *A la caza del amor*, Nancy Mitford
- 3 *Dos inglesas y el amor*, Henri Pierre Roché
- 4 *Los inquilinos de Moonbloom*, Edward L. Wallant
- 5 *Suaves caen las palabras*, Lalla Romano
- 6 *Historias de Pekín*, David Kidd
- 7 *El quinto en discordia*, Robertson Davies
- 8 *Memoria del miedo*, Andrew Graham-Yooll
- 9 *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, Vladímir Voinóvich
- 10 *Las diez mil cosas*, Maria Dermoût
- 11 *Amor en clima frío*, Nancy Mitford
- 12 *Vinieron como golondrinas*, William Maxwell
- 13 *De Profundis*, José Cardoso Pires
- 14 *Hogueras en la llanura*, Shohei Ooka
- 15 *Mantícora*, Robertson Davies
- 16 *El mercader de alfombras*, Phillip Lopate
- 17 *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, Manuel Chaves Nogales
- 18 *La mesilla de noche*, Edgar Telles Ribeiro
- 19 *El mundo de los prodigios*, Robertson Davies
- 20 *Los vagabundos de la cosecha*, John Steinbeck
- 21 *Una educación incompleta*, Evelyn Waugh
- 22 *La hierba amarga*, Marga Minco
- 23 *La hoja plegada*, William Maxwell
- 24 *El hombre perro*, Yoram Kaniuk
- 25 *Lluvia negra*, Masuji Ibuse
- 26 *El delator*, Liam O'Flaherty
- 27 *La educación de Oscar Fairfax*, Louis Auchincloss
- 28 *Personajes secundarios*, Joyce Johnson
- 29 *El vaso de plata*, Antoni Marí
- 30 *Ángeles rebeldes*, Robertson Davies
- 31 *La bendición*, Nancy Mitford
- 32 *Vientos amargos*, Harry Wu
- 33 *Río Fugitivo*, Edmundo Paz Soldán
- 34 *El Pentateuco de Isaac*, Angel Wagenstein
- 35 *Postales de invierno*, Ann Beattie
- 36 *El tiempo de las cabras*, Luan Starova
- 37 *Adiós, hasta mañana*, William Maxwell
- 38 *Vida de Manolo*, Josep Pla
- 39 *En lugar seguro*, Wallace Stegner
- 40 *Me voy con vosotros para siempre*, Fred Chappell
- 41 *Niebla en el puente de Tolbiac*, Léo Malet
- 42 *Lo que arraiga en el hueso*, Robertson Davies
- 43 *Chico de barrio*, Ermanno Olmi
- 44 *Juan Belmonte, matador de toros*, Manuel Chaves Nogales
- 45 *Adiós, Shanghai*, Angel Wagenstein
- 46 *Segundo matrimonio*, Phillip Lopate
- 47 *El hombre del traje gris*, Sloan Wilson
- 48 *Los días contados*, Miklós Bánffy
- 49 *No se lo digas a Alfred*, Nancy Mitford
- 50 *Las grandes familias*, Maurice Druon
- 51 *Todos los colores del sol y de la noche*, Lenka Reinerová
- 52 *La lira de Orfeo*, Robertson Davies
- 53 *Cuatro hermanas*, Jetta Carleton

- 54 *Retratos de Will*, Ann Beattie
- 55 *Ángulo de reposo*, Wallace Stegner
- 56 *El hombre, un lobo para el hombre*, Janusz Bardach
- 57 *Trilogía de Deptford*, Robertson Davies
- 58 *Calle de la Estación, 120*, Léo Malet
- 59 *Las almas juzgadas*, Miklós Bánffy
- 60 *El gran mundo*, David Malouf
- 61 *Lejos de Toledo*, Angel Wagenstein
- 62 *Jernigan*, David Gates
- 63 *La agonía de Francia*, Manuel Chaves Nogales
- 64 *Diario de un ama de casa desquiciada*, Sue Kaufman
- 65 *Un año en el altiplano*, Emilio Lussu
- 66 *La caída de los cuerpos*, Maurice Druon
- 67 *El río de la vida*, Norman Maclean
- 68 *El reino dividido*, Miklós Bánffy
- 69 *El rector de Justin*, Louis Auchincloss
- 70 *El infierno de los jemereros rojos*, Denise Affonço
- 71 *Roscoe, negocios de amor y guerra*, William Kennedy
- 72 *El pájaro espectador*, Wallace Stegner
- 73 *La bandera invisible*, Peter Bamm
- 74 *Cita en los infiernos*, Maurice Druon
- 75 *Tren a Pakistán*, Khushwant Singh
- 76 *A merced de la tempestad*, Robertson Davies
- 77 *Ratas de Montsouris*, Léo Malet
- 78 *Un matrimonio feliz*, Rafael Yglesias
- 79 *El frente ruso*, Jean-Claude Lalumière
- 80 *Télex desde Cuba*, Rachel Kushner
- 81 *A sangre y fuego*, Manuel Chaves Nogales
- 82 *Una temporada para silbar*, Ivan Doig
- 83 *Mi abuelo llegó esquiando*, Daniel Katz
- 84 *Mi planta de naranja lima*, José Mauro de Vasconcelos
- 85 *Los amigos de Eddie Coyle*, George V. Higgins
- 86 *Martin Dressler. Historia de un soñador americano*, Steven Millhauser
- 87 *Cristianos*, Jean Rolin
- 88 *Las crónicas de la señorita Hempel*, Sarah Shun-lien Bynum
- 89 *Canción de Rachel*, Miguel Barnet
- 90 *Levadura de malicia*, Robertson Davies
- 91 *Tallo de hierro*, William Kennedy
- 92 *Trifulca a la vista*, Nancy Mitford
- 93 *Rescate*, David Malouf
- 94 *Alí y Nino*, Kurban Said
- 95 *Todo*, Kevin Canty
- 96 *Un mundo aparte*, Gustaw Herling-Grudziński
- 97 *Al oeste con la noche*, Beryl Markham

Índice

[Prólogo](#)

[El vaso de plata y otras obras de misericordia](#)

[Primera parte](#)

[1. Dar de beber al sediento](#)

[2. Dar de comer al hambriento](#)

[3. Vestir al desnudo](#)

[4. Dar posada al peregrino](#)

[5. Redimir a los cautivos](#)

[6. Visitar a los enfermos](#)

[7. Enterrar a los muertos](#)

[Segunda parte](#)

[8. Enseñar al que no sabe](#)

[9. Dar buen consejo a quien lo ha de menester](#)

[10. Corregir al que yerra](#)

[11. Consolar al triste](#)

[12. Perdonar las injurias](#)

[13. Sufrir con paciencia las flaquezas y molestias del prójimo](#)

[14. Rogar a Dios por los vivos y por los muertos](#)

[Nota biográfica](#)